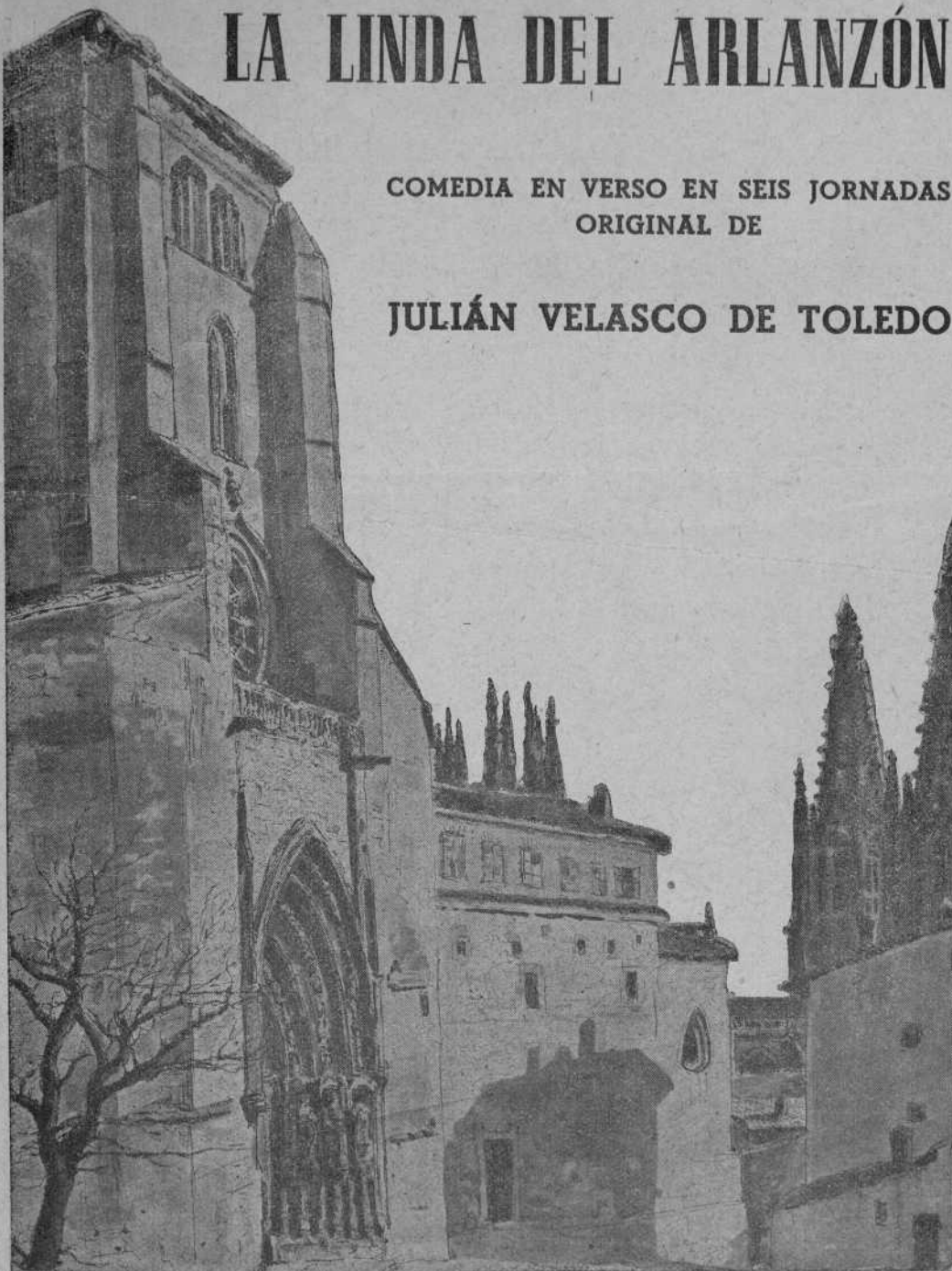


LA LINDA DEL ARLANZÓN

COMEDIA EN VERSO EN SEIS JORNADAS
ORIGINAL DE

JULIÁN VELASCO DE TOLEDO



Luis Sáez

EDITORIAL GÓMEZ
PAMPLONA

Tres pesetas

G-F 5531

COPYRIGHT BY J. VELASCO DE
TOLEDO, 1946.

Reservados todos los derechos
literarios y artísticos para
todos los países.

A don Jose M^o Codoñi entusiasta de las cosas burgalesas
por si tiene humor de leer ésto. Con salud del Autor.

7-5-46

A Emilia L. Valls de Velasco

No hubiera techo, sin teja,
ni verso, sin soñador;
pues queja, rosal y amor
son de las musas madeja,
cual se besan en la reja
la luna, el hierro y la flor.
Si verso es tu corazón
y el mío, rimados son,
no yugo, sino placer,
y es justo os venga a ofrecer
por trono el primer renglón,
ya que sois verso y mujer.

EL AUTOR



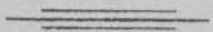
PERSONAJES

POR ORDEN DE PRESENTACIÓN EN ESCENA

NORBERTO	60 años	Sepulturero.
JUAN	28 "	Idem.
ROSA	18 "	Hija del bodeguero.
DON FADRIQUE	29 "	Conde de Torija.
GINÉS	40 "	Criado del conde.
LAURA	22 "	Hija de doña Irene.
DON ISÉN	30 "	Hijo del Corregidor.
DOÑA IRENE	56 "	Madre de Laura.
RUFINA	65 "	Dueña de doña Irene.
DON NUÑO	60 "	Corregidor.
BEATRIZ	50 "	Dueña de Isabel.
ALGUACIL MAYOR	38 "	Del Concejo.
ISABEL	24 "	Hija del Corregidor.
BODEGUERO	55 "	Del ventorro.
UN PEREGRINO	50 "	Camino de Santiago.
ALGUACIL 1.º	45 "	Del Concejo.
ALGUACIL 2.º	40 "	Idem.
RABÍ HARÓN	60 "	Físico judío.

Caballeros, convidados, etc.

La acción, en Burgos, en 1574. Decorado, muebles, vestuario, armas, etc., de la época.—Derecha e izquierda, la del actor.



ACTO PRIMERO

JORNADA PRIMERA

*Interior de un cementerio, con panteones y tumbas artísticas. Varios rosales en flor, cipreses, etc.
Principia la acción en una soleada mañana de mayo.*

ESCENA PRIMERA

NORBERTO y JUAN, *sepultureros, en un alto de sus faenas, charlan amigablemente.*

JUAN. ¡En mayo y cómo calienta!
NORBERTO. ¿Rozastes las mielgas?
JUAN. Sí;
¿por qué crecerán allí tan pomposas?
NORBERTO. Ten en cuenta que allí yace un jugador que vivió en tapete verde, y como nada se pierde, han las mielgas tal verdor.
JUAN. Ayer le tocó a don Cleto. Se come hasta los gusanos.
NORBERTO. La flor de los escribanos ya es hora que se esté quieto. Aun muertos siguen mostrando sus ambiciones carnales en lápidas funerales para seguir engañando. A qué buscar embelesos y sufrir y ambicionar, si aquí tienen que parar, a la postre, nuestros huesos.
JUAN. Corta es la vida.
NORBERTO. Y muy dura; muere el pobre, muere el rico, el letrado, el que es borrico, la peripuesta y el cura. La verdad, Juan, es la fosa; con cuatro palmos de tierra, al que muere, se le entierra.
JUAN. ¡Y qué verdad más hermosa!
NORBERTO. Apuremos el porrón.
JUAN. Te veo alegre, Norberto.
NORBERTO. Nadie en la ciudad se ha muerto y descansa el azadón. ¿A qué, ¡carrasca!, estar serio, si es ésta una gran ciudad, y gentes de calidad no faltan al cementerio?

La hospedería es barata, buen sol para el que lo tome; el de acá vive y no come, y el de allá su hambre no mata. No hay dolor, no hay alzamiento, ni egoísmo, ni rivales; entre estos viejos tapiales trabajo y vivo contento. Del señor corregidor el panteón limpiarías.
JUAN. Igual que todos los días; que él nos paga, y tal señor nuestros cuidados merece. Hoy no se llegó su hija.
NORBERTO. Otra ocupación le exija no salir, y en casa rece. Vive el vivo con temor pensando en este lugar; si sueña en su bienestar, ¿dónde hallar otro mejor?
JUAN. Pero en la vida se anda y se goza en los placeres; allí vives como quieres.
NORBERTO. Como quiere el que te manda.
JUAN. Hay lucha.
NORBERTO. Que da pesares.
JUAN. Hay amor.
NORBERTO. Con sus quebrantos.
JUAN. Familia.
NORBERTO. No faltan llantos.
JUAN. Y amigos.
NORBERTO. Mientras pagues.
JUAN. Y justicia.
NORBERTO. Del embudo. Un caso: "la Macilenta", proceso por compraventa de amor; y como no pudo probar, brotaron sus penas y acá al poco la trajeron, y al mes sobre ella nacieron como un bosque de azucenas.
JUAN. Habló la ciudad de los hechos dolidá esta vez.
NORBERTO. Allí el justicia fué un juez;

acá el justicia fué Dios.
Dame el porrón.

JUAN. Poco queda.
NORBERTO. Habiendo para el gaznate,
hasta en el vino hay remate.
JUAN. Revive con la moneda...

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y ROSA.

ROSA. ¡Hola, Juan!
JUAN. ¡Hola, alelí!
ROSA. ¿Cómo mano sobre mano?
NORBERTO. Ya nos ves: ni un ser humano
quiere venir por aquí.
ROSA. Hacen bien; morir es triste.
JUAN. ¿Traes buen almuerzo, chiquilla?
ROSA. Lo traigo, y, a más, guindilla
picante, como dijiste.
¿Van a comer?
JUAN. Es temprano;
para las doce cabales
da el sol en esos rosales;
es el mejor meridiano.
Vienes galana.
ROSA. La cuesta
siempre me pone encarnada.
JUAN. ¿La cuesta sólo, monada?
ROSA. Y algo que pesa la cesta.
¿Está buena su mujer?
NORBERTO. Seguramente en el río;
¿qué ha de hacer con tanto crío
y tan poco de poner?
Ya me tarda la comida:
pesares de no ser muerto.
JUAN. Reniega el señor Norberto,
con lo buena que es la vida.
NORBERTO. No para todos.
ROSA. Bobada.
NORBERTO. Envidia hasta al caracol;
no sabes, de sol a sol,
cómo te puede la azada.
¿Y tu padre?
ROSA. En el mesón.
NORBERTO. ¿Se gana?
ROSA. Se va viviendo.
NORBERTO. Las cosas se van poniendo
todas fuera de razón.
¿Le suben de Aranda el vino?
ROSA. Sí, señor; de un cosechero.
NORBERTO. ¡Ay!, quién fuera bodeguero,
y no enterrar al vecino.
Mira, Juan, dale unas flores.
ROSA. Déjelas.
NORBERTO. Corta unas rosas.
Aunque las ves tan hermosas,
llevan dentro sus dolores.
ROSA. Gracias; yo tengo un jarrón
y un cuadro de San Antonio.
NORBERTO. A ver si te saca un novio
que llegue a la bendición.
JUAN. Si no fuera presumida,
no le faltara galán.
ROSA. Dices presumida, Juan.
¡Lo que escucha una en la vida!
Yo soñé noches pasadas...
le querrán mucho los muertos.

NORBERTO. A tener ojos abiertos,
me siguieran las pisadas.
ROSA. Mi padre me habla de vos
y me dice casi en llanto:
"Para los del camposanto,
el señor Norberto es Dios."
JUAN. Vamos, Rosa, a los rosales.
ROSA. Pero de tu mano, Juan;
que a mí los muertos me dan
más miedo que los mortales.
(Se van riendo.)
NORBERTO. ¡Los años! Lluvia de risa
cae en la sacramental.
¡Quién piensa en la hora fatal,
si el final no se divisa!
(Se va.)

ESCENA TERCERA

DON FADRIQUE y GINÉS.

D. FADRIQUE. ¿Tienes temor? No me sigas.
GINÉS. Ya hace falta buen humor.
¿No estaríamos mejor
comiendo magras y migas?
D. FADRIQUE. ¿Los caballos?
GINÉS. Bien trabados
pacen.
D. FADRIQUE. ¡Lugar de reposo!
GINÉS. ¡En un día tan hermoso,
estar aquí contristados!
D. FADRIQUE. En el que sirve una cosa,
GINÉS, he de refrescarte.
Tu opinión has de guardarte
buena, mala o caprichosa;
que aunque amo y criado son
de un álamo rama y hoja,
ésta por nada se enoja
de quien es continuación.
El afecto al lado crece
del que manda; mas te digo
lo tendrá por buen amigo
si el servidor lo merece;
que es manual muy precavido
callar con quien ha callado,
jugar con quien ha jugado
y temer al que es temido.
Señor conde...
GINÉS. ¿Qué trabajo!
D. FADRIQUE. Temo sea en vos locura.
GINÉS. ¿Ves qué leve sepultura?
D. FADRIQUE. No dirá igual el de abajo.
GINÉS. Mas ¿qué os puede detener
en este lugar sagrado,
si aquí no yace enterrado
pariente de su merced?
Ahora bien: si en su cavilo
abriga serios asuntos
y buscáis a los difuntos
holgado y cómodo asilo,
bien está que, en precaución
de cuantos vos acabéis,
con anticipo busquéis
un apacible rincón.
D. FADRIQUE. Tiene el muerto que aquí vemos
lo que no tiene la vida:
la sentencia ya cumplida
que al nacer todos traemos;

y tal sosiego le alcanza
el dormir bajo esa losa,
que eternamente reposa
sin agobio ni mudanza.
Fuera quedó vicio y palma
de tan callada prisión,
y le basta una oración
para recrear su alma.
Amar vida transitoria
es rodar como cuaderna;
aquí está la vida eterna,
silencios, paces y gloria.
Temo las cosas eternas
y su intrincado misterio;
entrar yo en un cementerio,
y ya me tiemblan las piernas.

GINÉS.

(*Se va D. FADRIQUE, admirando las tumbas.*)

ESCENA CUARTA

DICHO y NORBERTO, que llega cantando alegremente.

GINÉS. Viene de jacarandina
nuestro tieso enterrador,
y como un emperador
entre sus muertos camina.

NORBERTO. Con el picotín,
con el picotán;
no me pidas vino,
no me pidas pan;
con el picotín,
con el picotán.

GINÉS. ¿Se habrá bebido un azumbre?
Os he oído cantar.

NORBERTO. Bueno, ¿y qué?

GINÉS. Que es profanar...

NORBERTO. Si es en mi vieja costumbre.

GINÉS. Me dejáis el alma fría,
en un lugar tan severo.

NORBERTO. Al ser vos sepulturero,
como yo soy, cantaría.

GINÉS. No me naciera la voz.

NORBERTO. Todo es rutina en la tierra:
se hace el soldado a la guerra
y el segador a la hoz.

De su angosta sepultura
no se despierta mi gente.

GINÉS. En mi pueblo solamente
canta a los muertos el cura.
¡Triste oficio!

NORBERTO. Al no ser rico,
con pobreza andas en riñas;
¿qué más le da cavar viñas
que sepulturas al pico?
¿Sois de fuera?

GINÉS. Y mi señor.

NORBERTO. De mando muestra el talante,
y debe tener un guante
para la espada.

GINÉS. Un primor.
Ya lo sabe España entera.

NORBERTO. ¿A Burgos?

GINÉS. Si a Dios le place.

NORBERTO. Hay un porrón, si le hace. (*Beben.*)

GINÉS. ¿Clarete?

NORBERTO. De la ribera.
Ciudad de altiva nobleza,

su corregidor, don Nuño,
la guarda bajo su puño
de los pies a la cabeza.
¿Le conocéis?

GINÉS. Jamás vi.

NORBERTO. Y el más florido clavel
de Burgos, doña Isabel,
hoy no vino por aquí.
La señora ha que reposa
en aquel gran mausóleo.
¿Lo distinguís?

GINÉS. Bien lo veo;

NORBERTO. no lo tendrá así mi esposa.
Si ella quisiera galanes,
colmenar fuera su reja;
siempre va con una vieja
arrastrando tafetanes.

ESCENA QUINTA

DICHOS, ROSA y JUAN, que regresan de donde cortaron las flores.

ROSA. Ya me voy, señor Norberto.

NORBERTO. Buena carga te hizo Juan.
Que el santo cumpla tu plan
y lo haga con buen acierto.

JUAN. Te acompaño hasta la cuesta.

ROSA. Si lo haces con buen intento,
se acepta el ofrecimiento.

NORBERTO. Yo iré luego con la cesta.

(*Se van ROSA y JUAN.*)

GINÉS. Linda moza.

NORBERTO. Del ventorro
que hay a la orilla del río.
A Juan le trae el avío,
¡y hace unos titos con morro!
Si es asado, le da un punto
y un no sé qué a la salsilla,
que no hay mesón en Castilla...
"No hablemos más del asunto."

(*Bostezando.*)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DON FADRIQUE.

GINÉS. Allá viene mi señor.

D. FADRIQUE. ¿Sois vos el sepulturero?

NORBERTO. Para mandar, caballero.

D. FADRIQUE. Me encanta con qué primor
dais a vuestro oficio altura
y lo ensalzáis de tal suerte,
que se hace dulce la muerte
en cualquiera sepultura.

NORBERTO. Entendido es su mercé
en el arte de escultor.

D. FADRIQUE. Pasé un rato encantador
leyendo lo que encontré.

Epitafios y leyendas
y palabras que enternecen.
¡Cuántas reflexiones errecen
por esas floridas sendas!
En mi memoria grabé
una frase que leí:
"Mira que yo estoy aquí
del amor con que te amé,"

Ni de niño hube pavor
al hollar estos senderos,
ni cuando viví entre aceros
con la muerte en derredor.
Pues es del vulgo ignorante
creer las cosas impías
que cuentan viejas arpias
junto al morillo humeante.
Ésta es la media ciudad
que nos muestra su pasado;
los nombres que he repasado
siguen en la otra mitad.
Pues linaje y descendencia,
por ley de procreación,
es eco y resurrección
en nuestra propia existencia.
De estos muertos que calló
la tierra y yacen tendidos,
queda en los seres queridos
vida de la que murió. *(Pausa.)*

NORBERTO.

¿No llegó doña Isabel,
la linda del Arlanzón?
Sin ella está el panteón
de su madre, que es aquél.
¿La conocéis? Es un ser
que jamás la boca acierta
a pintar, aun siendo experta;
en fin, toda una mujer.
Pues trajera de Florencia
quien nos dejara en pintura
beldad, decoro y figura.

D. FADRIQUE.

Apuntaré la advertencia.
(Le da unas monedas.)

NORBERTO.

¿A quién debo...?

D. FADRIQUE.

No hace el nombre.

NORBERTO.

Vuestra mano es generosa.

D. FADRIQUE.

Si en Burgos me ficiesen fosa,
Ginés, que sea este hombre.

Tomemos estribos; id
y loemos la jornada,
que me llena la mirada
la grave ciudad del Cid.
Quien no vió cual alto Urbión
de agobios en los inonarcas,
al despreciar las abarcas
por plumas de adulación.
Tierra de aquel buen vasallo,
varón de barba bellida,
suelta la angustia y la brida
en las crines del caballo,
con un corro de leales
cruza la puente sin prisas
y ofrece cantar mil misas
si hallan remedio sus males.
Yo, sin graves pensamientos,
soy Cid de mi poesía
y voy a Santa María
sin hacer ofrecimientos.
Tal puede la juventud,
que, aferrada a su ideal,
toma por placer el mal
y por gloria el ataúd. *(Se van.)*
Poned los ojos al cielo
y tomad de agüero o muestra
de pesares, si es siniestra
la corneja con su vuelo.

NORBERTO.

TELÓN

JORNADA SEGUNDA

Cámara familiar en la mansión de doña Irene, a la caída de la tarde. A telón corto.

ESCENA PRIMERA

LAURA y DON ISÉN.

D. ISÉN.

Curan penas con que vengo
tus hechizos y alegría,
y al tenerte como mía
otras nuevas penas tengo.

LAURA.

Si goce en pena y trabajo
hubiese, ¿a qué llamar gozo?
Molde es nuestro ser de un pozo:
luz arriba, oscuro abajo.
Pensad que pueden venir.

D. ISÉN.

Laura, la miel de tu boca
siempre me sabe tan poca,
que no sé de aquí salir.
Pues aunque mis pies quisieran
ser cuerdos y con razón,
manda en ellos corazón,
y dudo que obedecieran.

LAURA.

No tengo el alma serena,
y amor en mí fuera espina
si mi madre, con Rufina,
llegase de la novena.

D. ISÉN.

No os turbéis, Laura querida,
de nuestros ciegos amores,
ni exaltéis vuestros temores
acortándome la vida;
porque es para mí tormento
y tribulación sobrada
no hallar siempre tu mirada
junto con mi pensamiento.
Isén, cortad el relato
y calmad mis inquietudes.
¡Quién entre tantas virtudes
fuera contigo un ingrato!
Pero mi madre...

LAURA.

D. ISÉN.

LAURA.

D. ISÉN.

Lo sé,
no me tiene en buena fama;
mas ella no es la que ama,
y aquel que no ama no ve
con acertada medida
nuestro propio corazón,
y por toda explicación
dicen: "es una locura".

LAURA.

D. ISÉN.

Me enoja pienses así,
y domina tu vehemencia.
Ya es pedir mucha paciencia
si ella me conoce a mí.

LAURA. Soy sola, me quiere tanto...
D. ISÉN. Y ese querer mata el mío:
amores en desafío
traen siempre duro quebranto.
Los años bríos nos dan
cuando en la lid no hay razones.

LAURA. ¡Me parecéis dos gorriones
tras una miga de pan!
Razona, mi amado Isén,
que aunque se den por inciertas
tus cosas, por esas puertas
entran las gentes también.
Juegas, riñes, eres mozo,
y hay gentes en la ciudad
que en contar sin caridad
tus andanzas hallan gozo.

D. ISÉN. Laura, mi vida en ti toda.
¿Me crees de ese jaez?
Para mí no hay otro juez
que tú, sobre nuestra boda.
¡Largas tristes ilusiones!

LAURA. Si nos queremos los dos,
D. ISÉN. será solamente Dios
quien nos dé sus bendiciones.

LAURA. Blando es el fuego y alisa
el hierro a su voluntad,
como enojo y gravedad
vence la blanda sonrisa.
Pues más amor, es amor
que cuesta la vida entera;
el amor de esa manera
siempre oí que es el mejor.
Podieran venir.

D. ISÉN. Ya es tarde
para cerrar nuestra herida.

LAURA. Déjale al humo salida,
si ves que mi dolor arde.
Mi madre es buena.

D. ISÉN. Y tozuda.

LAURA. Y amante.

D. ISÉN. De sus escudos.

LAURA. Sus canas...

D. ISÉN. Quiere que mudos
seamos.

LAURA. La pobre es viuda,
y pasajeros los bienes
para anclar humanos lazos.

D. ISÉN. ¡Yo sólo quiero tus brazos!

LAURA. ¿Es que acaso no los tienes?
Isén, tomad el jardín.

D. ISÉN. Adiós, luna de mi noche.

LAURA. Olvidad todo reproche,
que todo tiene su fin.

D. ISÉN. Si fin esto no tuviera
y sin espera me hallara,
no sé si al fin te robara
una noche traicionera. (Se van.)

ESCENA SEGUNDA

DOÑA IRENE y su dueña RUFINA regresan de la novena.

D.ª IRENE. ¡Qué maravilla el sermón!
Tiene don Pascual un pico
que encanta; con tanta gente,
ya es suerte coger buen sitio.

RUFINA. Estaba el corregidor
e Isabel.

D.ª IRENE. Sí, los he visto.
Ella, Rufina, ¡más guapa!,
espigada en su justillo
de brocado plata y negro.

RUFINA. También su hermano es gran tipo.

D.ª IRENE. Sueños me quita mi Laura;
como yerno es un diablillo,
de guerras y lupanares
resabios trajo consigo.
Juventud más alocada
no la verán otros siglos.

RUFINA. Si sabe lo de la herencia...

D.ª IRENE. Nunca fué el dinero místico...

RUFINA. Hubo por doña Isabel
mucho incienso de amoríos.

D.ª IRENE. Hubo y habrá. Se comenta
que le voló el prometido.

RUFINA. ¿Y por qué voló, teniendo
la linda hidalga ese pico?

D.ª IRENE. Ya se sabrá, que en amores
nunca hay secreto escondido.
Ya son con éste catorce,
y serán cuarenta y cinco;
a todos les pone un pero,
éste feo, aquél torcido,
sin dinero el más gallardo
y vejestorio el más rico.

RUFINA. ¡Ay, como fuera hija mía,
rompiera el badil sus mimos!

D.ª IRENE. De zaguanes para adentro
son los justicias más lisos.

RUFINA. Ahora, doña Irene, dicen
que los vientos ha sorbido
por el conde de Torija.

D.ª IRENE. ¿Eso dicen?

RUFINA. Y es mancebo
de la corte muy bienquisto.

D.ª IRENE. ¿Vos le conocéis?

RUFINA. De oídas;
creo que es un torbellino
y lleva en el corazón
mil corazones rendidos.

D.ª IRENE. ¿Pero tantos? ¿Sabes bien,
Rufina, lo que tú has dicho.
Y está ¿dónde?

RUFINA. Viene a Burgos
desde su feudo, encendido
de amor por nuestra vecina.
Las aguas no van sin ruido.

D.ª IRENE. Son hoy los hombres, Rufina,
como zarzales de espinos:
si no te acercas, no pinchan;
pero si a ellos das arrimo,
jirones te hacen el alma
en premio de cualquier mimo.
Y el corregidor ¿qué piensa,
si del padre fué enemigo?

RUFINA. Para cualquier contingencia
creo que esté prevenido.

D.ª IRENE. Bueno es que lo esté para eso,
mas también por los vecinos;
que ayer me costó en San Lucas
un lechal de Barbadillo
siete reales de vellón;
y, a este paso, ¡Dios bendito!
¿Va Laura a la romería,
con otras chicas y chicos,

a la fiesta de la Espiga?
Es El Parral lugar lindo,
y les hará una mañana...
D.^a IRENE. Quería, mas he podido
convencerla.
RUFINA. Muy bien hecho.
D.^a IRENE. No paso por esos giros.
¡Son las muchachas tan locas
y es tan mujeriego el vino!
RUFINA. Laura sí quiere al muchacho.
D.^a IRENE. Novicia sigue en su oficio,
pues cree que los galanes
se hacen de barro cocido,
y a no estar yo con cien ojos,
temiera serios conflictos.
Si llega el conde...
RUFINA. Sabremos
lo que ocurra, así, al dedillo.

ESCENA TERCERA

DICHOS y ROSA, que trae una cesta cubierta
de juncos de río.

ROSA. ¿Da permiso su merecé?
D.^a IRENE. Adelante.
RUFINA. Pasa, Rosa.
¿Qué te trae?
ROSA. Bien poca cosa
le traigo, como ya ve.
D.^a IRENE. Traed la cesta.
ROSA. Contiene
dos truchas asalmonadas
que anoche fueron pescadas
para vos, mi doña Irene.
D.^a IRENE. Dos hermosos ejemplares;
hermosos, mirad, Rufina.
RUFINA. Rosadas, escama fina.
ROSA. No envidia el río a los mares.
D.^a IRENE. Veo me tenéis presente.
ROSA. Pesan seis libras corridas.
RUFINA. ¿Y dónde fueron cogidas?
ROSA. En el remanso del puente.
Una me rompió el sedal
al sentirse prisionera,
y saltaba en la ribera
del río como un pardal.
D.^a IRENE. En tal detalle mirad
que hasta los peces del río
se gozan en su albedrío.
¿Qué tendrá la libertad?
¿Y tu padre?
ROSA. Trabajando
lo dejé por el ventorro.
D.^a IRENE. Ya sé que aquello es un chorro
de gente.
ROSA. Vamos tirando.
D.^a IRENE. Pues no será por la renta.
Tierras, huerta, largo soto;
no echaréis en saco roto
las ganancias de la venta.
ROSA. Todo está bien atendido.
D.^a IRENE. Sé cómo las cosas van;
tu padre es un azacán
de lo mejor que he tenido.
¿Tendrás novio?
ROSA. Me lo ahorro
hasta encontrar uno honrado,

porque para estar tumbado
y panzar en el ventorro...
Piensas bien.
Piensa mi padre.
ROSA.
D.^a IRENE. Siempre lo hacemos mejor
los mayores. ¡Luna en flor,
no faltará quien te ladre!
¿Vas a misa?
Nunca faltó.
ROSA.
D.^a IRENE. Mala gente los arrieros,
con burlas y cancioneros...,
y Dios nos mira en lo alto.
Rufina, llevad a Rosa
y abonad su merecencia;
además de eso, quería
regalarle alguna cosa.
Le darás un pañuelo
de Laura, el azul y plata,
que irá muy bien a la mata
endrinera de su pelo.
ROSA. Señora, doy gracias muchas.
D.^a IRENE. Adiós, cabrita traviesa.
ROSA. No faltarán a la mesa
nunca las mejores truchas.
(Confidencial y risueña.)
D.^a IRENE. Y de otros truchas galanes
de la ciudad, ¿qué me dices?
ROSA. Ha su merecé unas narices
que ya quisieran los canes.
(Se van ROSA y RUFINA.)

ESCENA CUARTA

DICHA y su hija LAURA.

LAURA. Madre.
D.^a IRENE. ¿Qué mal te atormenta
en tu pecho de cristal?
LAURA. No creo que sea un mal
el bien que dentro se asienta.
D.^a IRENE. Siempre dolida en amores,
no das reposo a la pena
y hasta olvidas la faena
que reclaman tus labores.
Ayer miré tu bordado,
y, pensando en don Isén,
bordas lágrimas también.
¿Crees que no me he fijado?
Eres, mi Laura, donecilla
y brote de almendro en flor,
encadenada a un amor
que en tus carnes deja huella.
Él es lobo y tú cordera,
porque al cielo así le plugo;
como verás, es mal yugo
para uncir la vida entera.
Y me azota el pensamiento,
porque de pensar se envicia,
si mandarte de novicia
con tu tía Sacramento.
LAURA. No naé con tales dones.
D.^a IRENE. Pero en tu bien lo pensaba,
pues el convento desbrava
los más fieros corazones.
LAURA. He de seguir los carriles
que marquéis, dulce y sumisa.
D.^a IRENE. ¿A qué, señor, tanta prisa
si cortos son tus abriles?

ESCENA QUINTA

DICHOS y el SEÑOR CORREGIDOR.

RUFINA. ¡El señor corregidor! (Se va.)
 D.^a IRENE. Laura, salid.
 LAURA. Hasta luego. (Se va.)
 D.^a IRENE. Bordad, hija, con sosiego, ya que lo hacéis con primor.
 CORREGIDOR. Dios guarde a mi doña Irene.
 D.^a IRENE. Y a vos también, bien venido.
 ¿Un asiento?
 CORREGIDOR. Agradecido.
 Cerrar las puertas conviene.
 D.^a IRENE. Podéis hablar sin medida, aun siendo la cuestión grave; no hay cerradura ni llave que se apreste a ser oída.
 CORREGIDOR. Sé de esta casa, y habéis en ella grandeza y fama.
 D.^a IRENE. Yo soy una pobre dama.
 CORREGIDOR. No tan pobre
 D.^a IRENE. Vos lo veis.
 CORREGIDOR. Su abuelo Bernuy, y es hecho, en otro tiempo mejor dió estancia al emperador tres días bajo este techo, y cuentan de su dinero que con los cien mil ducados por real cédula prestados, hábil, le encendió el brasero.
 D.^a IRENE. Vos dijo bien al decir: "en otro tiempo mejor".
 ¿Qué otro asunto?
 CORREGIDOR. Éste es peor, ya que lo hemos de vivir. Nada es nuevo en el fecundo surco de nuestros mayores, que dió cien conquistadores, alta admiración del mundo. Hoy otro más y más fiero que esos cien que dichos van, y según lenguas, galán de alto porte y buen acero, por su capricho lascivo, y en su loca correría asomará cualquier día para aquí quedar cautivo.
 D.^a IRENE. ¿Luego es verdad tal rumor?
 CORREGIDOR. Salió de Valladolid para Burgos. Busca lid.
 D.^a IRENE. Tendrá para ello valor.
 CORREGIDOR. Se habla de él como de un brujo; y el vulgo, que es timorato, pues, claro, ensancha el relato de haciendas, valor y lujo. Probado está que los hechos que al valor dieran ganancia, relatados con jaetancia quedan los hechos deshechos. Hacen de lo bueno mal, como de los pies cabeza, si al modo como se empieza no es el medio ni el final. Varón tuécese a mujer si habla largo y desmedido, pues de mujeres ha sido, por no callar, ofender. Aparte honrosa excepci6n

D.^a IRENE. de damas cual vos, señora, las demás, su mejor hora, la de la murmuraci6n.
 ¡Pero nosotros! No veo nada que me solivante; nacer var6n y galante es en el hombre recreo.
 CORREGIDOR. Sois, al fin, mujer y viuda.
 D.^a IRENE. ¡Qué amable el corregidor! ¿Pensáis que gusta el amor la carne fofa y sesuda?
 CORREGIDOR. Pero hay duras celosías, guardianas de hijas honestas que con noticias como éstas hacen de las noches días. Soy padre y tengo una hija, mas padre de todas soy, pues en el cargo en que estoy, y aunque el rey cuentas no exija, me manda honor y deber, por mi fuero y mi justicia, el castigar la avaricia del hombre y de la mujer.
 D.^a IRENE. Poder tenéis, a fe mía, y algo de alarma también, ya que las cosas se ven con celosa demasía.
 ¿Tendréis datos de la Corte?
 CORREGIDOR. Datos tengo suficientes.
 D.^a IRENE. Bebiendo en tan claras fuentes, ya lo demás no os importe.
 ¿Quién es él?, si no quebranto de vuestro cargo el secreto.
 CORREGIDOR. Un conde.
 D.^a IRENE. No es mal sujeto si muestra su tanto y cuanto.
 ¿Y hermandad aquí no tiene?
 Porque es, a mi juicio, raro que pueda costarle caro el motivo porque viene.
 CORREGIDOR. Me dais de luz un reguero.
 D.^a IRENE. Veis cómo siempre las damas, por no callar, hacen llamas que alumbran al justiciero. Habladme, corregidor...
 CORREGIDOR. Es el conde de Torija.
 D.^a IRENE. No pongáis a vuestra hija cerrojos, porque es peor.
 ¿Sabéis?
 D.^a IRENE. La ciudad entera lo sabe, la cosa es obvia; el venir a ver la novia no es una cosa rastrera.
 CORREGIDOR. Con su venia, doña Irene.
 D.^a IRENE. Adiós, mi noble vecino; os aconsejo buen tino si es ese conde el que viene.
 (Se va el CORREGIDOR.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHA y RUFINA.

RUFINA. Nunca vi al corregidor tan grave y malhumorado: apenas si me ha mirado al cruzar el corredor.
 D.^a IRENE. Temores le da su hija.

RUFINA. Y es para temer, señora :
en la esquina de la Flora
hallé al conde de Torija.
D.ª IRENE. ¡Por las espinas de Cristo!
¿Estás segura?
RUFINA. Segura.
¡Qué gentil y qué figura!
Con estos ojos lo he visto.
D.ª IRENE. ¿Le hablaste?
RUFINA. Nunca ocasión
falta a una dueña curiosa
por saber alguna cosa
por que sienta quemazón.
En lo galán, seductor;
en lo expresivo, galante;
ropa, pluma, espada y guante
de príncipe soñador.
¡Qué garbo, qué altanería,
qué agradable distinción!
soy vieja, y el corazón
a brincos se me salía.
Puertas, rejas y balcones
eran ojos a mirar,
y él se gozaba en matar
miradas y corazones.
D.ª IRENE. Rufina, por Dios.
RUFINA. Me muera
si exagero, doña Irene;

D.ª IRENE. algo en su mirada tiene
que no lo explica cualquiera.
RUFINA. Tal lo pintáis.
No hay pintura
que pueda pintar sus ojos.
D.ª IRENE. Entonces, sobran cerrojos.
RUFINA. Como sobran cerraduras.
D.ª IRENE. ¿Tan guapo?
RUFINA. No vi doncel
de tan varonil donaire.
¡Cuánta envidia habrá del aire,
que no se separa de él!
D.ª IRENE. Me hacéis temblar.
RUFINA. ¡Qué mancebo
para nuestra Laura!
D.ª IRENE. ¡Horror!
Marido tan seductor
es siempre caña con cebo.
De todos modos, Satán
siempre anda en la tentación;
poned en su habitación
las cadenas del zaguán,
y a Santa Bárbara un cirio
encended; que es ya tormenta
un conde que se presenta
a ser de damas martirio.

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

JORNADA TERCERA

Plazuela de la ciudad. Al fondo, tapiado jardín de un convento. A la izquierda, en saliente, la casa solariega del Corregidor don Nuño, con amplia reja practicable. Callejas laterales.

ESCENA PRIMERA

Las voces de un alegre corro de colegialas inundan la escena. Luego, GINÉS.

CORO DENTRO. Al cruzar el arroyo de Santa Clara, me miré en la corriente por ver mi cara, y en el momento me puse colorada como un pimiento.

(Silencio en la escena.)

GINÉS. Aquí, el convento. Promesas de virtud. Más de seis varas calza el tapial de las Claras; también las he visto espesas. Severa plaza. Cuajada de cuarteles la mansión, que al mundo dan la expresión del dueño de la morada. Forja de mano atrevida la traza de la ancha reja...; por aquí vendrá la vieja de soltar kiries rendida. Ginés, el asalto espía, y no te falle tu plan. ¿Será un mendrugo de pan, o un tigre de morería? Yo le digo..., yo le apunto..., ella calla..., me refuta..., y si se pone muy bruta, "no hablemos más del asunto". Esta frase tan curial que le robé a un escribano, es talismán en mi mano, que en bueno me torna el mal. Y en esta ciudad en vela, a la guerra hecho el oído, me alzaré de hombre leído, yo, que nunca fui a la escuela.

ESCENA SEGUNDA

DICHO y BEATRIZ.

GINÉS.

¡Chist, chist!

BEATRIZ.

Me siguen, no hay duda.

GINÉS. Oiga, por favor, señora, que llevo más de una hora llamándola.

BEATRIZ. Pues acuda, que fué larga la novena.

GINÉS. De ella la he visto salir.

BEATRIZ. ¿Tiene mucho que decir?

GINÉS. Hasta que pongan la cena.

BEATRIZ. "No hablemos más del asunto."

(Respingo de GINÉS.)

GINÉS. ¡Cómo no hablar!

BEATRIZ. Tengo mucha...

GINÉS. Canta un grillo y se le escucha, y yo no soy un difunto.

BEATRIZ. Para escuchar sus zozobras no estoy tan desocupada; si no se trata de nada, con medio minuto sobra.

GINÉS. Yo soy, señora, Ginés y trabajo en buen oficio.

BEATRIZ. No me saquéis vos de quicio que no me importa quién es.

GINÉS. Voy de prisa, y no hay razón.

BEATRIZ. No me oculte su semblante y deje ese mal talante para el viernes de Pasión.

GINÉS. Yo tengo mejor cariz y alegre vivo mi vida, y más si ella está prendida de sus labios, Beatriz.

BEATRIZ. ¿Por dónde supo mi nombre?

GINÉS. Soy de fuera, y lo de aquí pronto y sobrado aprendí; conque de nada se asombre.

BEATRIZ. No traigo ningún papel, ni dádivas ni un doblón; la linda del Arlanzón,

GINÉS. ¿no es por su nombre Isabel?

BEATRIZ. ¿También sabéis? Sois un mozo...

GINÉS. Que hablo llano y con descaro y sirvo a un señor avaro de belleza y de alborozo.

BEATRIZ. Mal acaba quien mal anda.

GINÉS. Yo en mi oficio me relamo, que no es bajaza haber amo cuando con amor se manda.

BEATRIZ. Amo y amor, cosa rara, dos voces a cuál mejor,



BEATRIZ. y. vea que amo y amor una letra las separa.
De tal palo, tal astilla.
Por lo que se ve y leído.

GINÉS. ¡Oh!, sí, señora; yo he sido licenciado... de mi villa.
Ya correos de él leyó,
y por si vos no lo sabe,
hasta posee una llave.

BEATRIZ. ¡Llave, y sin saberlo yo!

GINÉS. Obre vos según le exija su corrección y su modo;
y para que sepa todo,
es el conde de Torija quien me manda.

BEATRIZ. ¡Conde o diablo!

GINÉS. ¡Por estas tierras Luzbel!
¿A qué ocultarle a Isabel de cuantas cosas os hablo?
No hay en él tuyo ni mío,
ni se apasiona en querellas;
de harén tuviera doncellas,
de haber nacido judío.
Pero es cristiano e hidalgo,
y su nobleza tan rancia,
que a tres leguas de distancia le da en el olfato a un galgo.

BEATRIZ. A no querer ser esposa.
huelga su intención aviesa.

GINÉS. Pues quédese en abadesa de otras Huelgas más famosa.
Vuestro amo, el corregidor,
no consiente en sus enlaces.
¡Quien brinda guerra a las paces,
la tendrá!

BEATRIZ. ¡Por Dios, señor!

GINÉS. ¿Va en desdoro de su hija un galán fiero y con oro?
Mi Isabel es un tesoro.

BEATRIZ. Mi Isabel es un tesoro.

GINÉS. ¿Y mi conde de Torija?

BEATRIZ. Tiemblo que el corregidor se entere de su llegada.

GINÉS. A mí no me importa nada.

BEATRIZ. Mas importa a mi señor.
Esta noche...

GINÉS. Bien escucho.

BEATRIZ. Sobre el filo de la una,
una concordia oportuna,
siempre que no dure mucho.

GINÉS. Eso es ponerse en razón y demostrar quién sois vos:
así se entienden los dos si no hay algún nubarrón.

BEATRIZ. Pues sería una amargura corra sangre en tal deslíz.

GINÉS. Os prometo Beatriz,
obrar con seso y cordura.

BEATRIZ. Buena suerte.

GINÉS. Igual a vos.
Mis respetos, noble dama,
y no os metáis en la cama hasta después de las dos.
Siendo el conde...

BEATRIZ. Gastador,
paga religiosamente.

GINÉS. Cuando se ama locamente,
¡quién puede con el amor!

BEATRIZ. Nadie, según yo barrunto,

BEATRIZ. dama del alto ajímez...
Yo ceno siempre a las diez.
"No hablemos más del asunto."
(*Se van. Ginés lleno de coraje, al ver que le "pisan" la frase.*)

ESCENA TERCERA

DON NUÑO EL CORREGIDOR y EL ALGUACIL MAYOR.

D. NUÑO. Pensad, Alguacil mayor,
cuanto sobre el caso os digo,
que ha la pena su castigo,
que pagará el seductor.
Que a recto varón no envicia merced, temor o prebenda,
y antes morir, que descienda de su dosel mi justicia.
¿La ordenanza?

ALG. MAYOR. La leí.

D. NUÑO. ¿Existen dudas?

ALG. MAYOR. Ninguna.

D. NUÑO. ¿Las cláusulas?

ALG. MAYOR. Una a una creo que las aprendí.

D. NUÑO. Conviene...

ALG. MAYOR. Ya he reforzado.

D. NUÑO. El pueblo se escandaliza si otro rapto se desliza como el último pasado;
por Satán juro sincero,
y ni un comino me importa,
ver a mi gente en la horea,
y vos seréis el primero.
Su merced será servido.

ALG. MAYOR. Así lo espero, y temblad;
quiero limpiar la ciudad de lo que nunca ha tenido.
Son de fuera.

D. NUÑO. Así lo creo.

ALG. MAYOR. Pero ellas, de aquí.

D. NUÑO. Lo admito.

ALG. MAYOR. Y teniendo buen palmito,
no es el galán sólo el reo.
Que, en casas de calidad,
damas sueñan con galanes,
y el cierre de los zaguanes tiene el grueso de un cristal.
Cuando es honesta y cristiana en la mujer la hermosura,
huelga toda cerradura.
Pero ¿y la que es casquivana?
De su hijo Isén...

D. NUÑO. Todo sé,

ALG. MAYOR. y le amonesto severo.
En reñir es el primero con su sombra.

D. NUÑO. Eso gané yendo al servicio del rey por tierras de morería,
y estoy temiendo que un día,
como extraño, pague en ley.
Fuí joven, la juventud llevó mi cuerpo consigo,
y ella es su propio enemigo por burlas de la virtud.
No nació limpio de faltas,

ALG. MAYOR. Eso gané yendo al servicio del rey por tierras de morería,
y estoy temiendo que un día,
como extraño, pague en ley.
Fuí joven, la juventud llevó mi cuerpo consigo,
y ella es su propio enemigo por burlas de la virtud.
No nació limpio de faltas,

ALG. MAYOR. Isén, por ser hijo mío,
nació torre y no baldío;
bien se ven, como más altas.
Mas cumple a nuestro deber
que la ley se cumpla y rija.
D. NUÑO. Como el conde de Torija
quiera, no hay nada que hacer.
ALG. MAYOR. ¿Maduro?
D. NUÑO. Sus veintinueve.
ALG. MAYOR. ¿Reñidor?
D. NUÑO. Como el acero.
ALG. MAYOR. ¿Su cara?
D. NUÑO. Luna de enero.
ALG. MAYOR. ¿Sus negocios?
D. NUÑO. Juega y bebe.
Pudiera ser villanía
rencorosa e infundada,
mas él tiene buena espada.
D. NUÑO. Tampoco es mala la mía.
Y con todos sus condados
y privilegios y grey,
como yo le eche la ley,
no saltará más cercados.
ALG. MAYOR. ¿Manda algo vuesa merced?
D. NUÑO. Que os atengáis a lo dicho,
y si me amarráis el bicho,
contad con que os honraré.
(*Se va DON NUÑO.*)

ESCENA CUARTA

DICHO y GINÉS, que merodea silbando y es sorprendido por el ALGUACIL MAYOR.

ALG. MAYOR. ¿Quién bulle con ese pito
despertando aquestas moles?
¿Qué buscáis?
GINÉS. Pues caracoles,
que es mi plato favorito.
ALG. MAYOR. ¡Conque caracoles, eh!
Ya te veo, perillán.
GINÉS. Le recuerdo aquel refrán:
"Quien más mira menos ve."
ALG. MAYOR. ¿Sois de Castilla?
GINÉS. Ni gana.
ALG. MAYOR. ¿Alcarreño?
GINÉS. De más lejos.
ALG. MAYOR. ¿Qué negocios traes?
GINÉS. Pellejos.
ALG. MAYOR. Del vuestro haremos badana.
GINÉS. Mas no será en agua fría,
que hambres y pestes tundieron.
ALG. MAYOR. ¿Armas lleváis?
GINÉS. No se hicieron
para almas como la mía.
ALG. MAYOR. "No hablemos más del asunto."
(*Asombro de Ginés.*)
GINÉS. ¿Qué he de hacer?
(*Mostrando prisa.*)
ALG. MAYOR. Lo que yo ordene.
GINÉS. Ganas de burlas vos tiene,
y yo ni agravio ni unto.
Suelen el dar y el pedir
causar graves quebraderos;
si das, pierdes los dineros;
si pides, al recibir,
te obligas a vil esclavo
de deudas y voluntades;
riqueza de libertades

ALG. MAYOR. nunca la gozó el ochavo.
Habéis de espía un certero
estigma en vuestra persona;
en la ciudad ¿quién abona
tu calidad de esuadero?
GINÉS. A no creer lo que digo
con juramento y verdad,
me sobra de la ciudad
justicia, ley y testigo.
ALG. MAYOR. No habéis mechones de lerdo,
y eso lo da el correr tierras.
¿Has ganado muchas guerras?
GINÉS. Aun ganándolas, las pierdo;
que el que nace con legaña
no pasa de ser zurrón,
donde de pan y razón
anda siempre a la regaña.
ALG. MAYOR. ¿Cuál es tu nombre?
GINÉS. Ginés.
ALG. MAYOR. ¿Y tu apellido?
GINÉS. Barriga.
ALG. MAYOR. ¿Moneda traes?
GINÉS. Ni una miga.
ALG. MAYOR. ¿Años?
GINÉS. Cuarenta y un mes.
ALG. MAYOR. ¿Te gusta el vino?
GINÉS. ¡Qué hacer!
ALG. MAYOR. ¿Eres casado?
GINÉS. Ni un cuerno;
antes verme en el infierno,
que aguantar una mujer.
Pues según refranes viejos,
que la gente saborea,
dicen que no hay mujer fea...,
si se la mira de lejos;
y lejos, cerca o al lado
no me alteran el sentido;
tendré planta de marido,
pero yo sigo plantado.
ALG. MAYOR. Con estas declaraciones
que nuestra sospecha inicia,
quedáis bajo la justicia
por mil calladas razones.
GINÉS. Si son calladas, ¿yo cómo
podré saberlas, señor?
ALG. MAYOR. Las sabréis mucho mejor
todas escritas y en tomo.
¡Vamos!
GINÉS. La fuerza es razón
y álzome de la osadía.
ALG. MAYOR. Ya en la cárcel, y en su día,
en vuestra declaración,
con mesura al tribunal
y en los hechos con mesura,
podéis hallar coyuntura
para aminorar el mal.
GINÉS. ¡Que un siervo de mi medida
no halle justicia ni amparo!
ALG. MAYOR. Siempre resulta algo caro
enredar en esta vida.
GINÉS. ¿Yo enredador? ¿Yo un espía?
ALG. MAYOR. Menos voces y lamentos.
GINÉS. Sacaré mis valimientos.
ALG. MAYOR. Valdrán lo que una judía.
GINÉS. ¡Contad que piso en Castilla
y tiene Castilla un rey!
ALG. MAYOR. ¡Por eso será la ley
quien os rompa una costilla!
(*Se lo lleva a empujones.*)

ESCENA QUINTA

ISABEL y su hermano DON ISÉN.

D. ISÉN. Hermana Isabel.
 ISABEL. Me miras con una rareza extraña.
 D. ISÉN. Eres la mujer de España más hermosa.
 ISABEL. Tú deliras.
 D. ISÉN. Talle de rojo clavel, rostro bello, frente erguida y en tu corazón dormida un alma de cera y miel.
 ISABEL. Loco, loco, aventurero, triunfador en recias lides, el zumo de dulces vides te volvió más palabrero. De Granada, a Portugal; de Aragón, saltas a Francia; siempre encontraste fragancia, aun en las flores del mal.
 D. ISÉN. ¿No te enorgullece, hermana, ser yo espuma en tal vaivén?
 ISABEL. No me enorgullece, Isén: con ello poco se gana, más bien se pierde.
 D. ISÉN. ¿Es corriente tener un hermano así? Por tierras que recorrí, siempre te tuve presente. Agua y borde de laguna somos tú y yo, verde yedra, que a nuestras carnes de piedra se enrosea bajo la luna. Capitel de catedral, nuestro padre y su linaje, y nuestro cariño, encaje en una arcada ojival.
 ISABEL. Disgustas a padre.
 D. ISÉN. A ratos. Soy hombre, disfruto holganza, me gustan ellas, la danza, y riño con cuatro gatos. Eso es todo.
 ISABEL. ¿Y lo demás, piensas que no lo sabemos? Siempre ocultadas tenemos algunas cosillas más. Tu amada Laura ¡se queja de tantas cosas, Isén!
 D. ISÉN. Porque esas cosas las ven por los ojos de la vieja. O nos casamos veloces...
 ISABEL. Ya amaneció tu vehemencia.
 D. ISÉN. Treguas dan por sí la herencia... Tú creo que me conoces.
 ISABEL. ¿Ves, Isén?
 D. ISÉN. Yo te aseguro que, como huela el engaño, van a conocer el paño, y es el tejido muy duro. Mas hagamos de eso dique. No te hablé..., grata sorpresa: bebiendo junto a mi mesa, vino a mis brazos Fadrique. Amigo bravo y leal, gastador, guapo, elegante, juntos dos años en Gante y juntos en Portugal.

ISABEL. Sí, me hablastes una vez...
 D. ISÉN. Y te hablaré ciento y mil; no hallarás con un candil mozo de más seneillez. Vendrá a casa... Hoy me convida en el mesón de "El Parral"; no lo pasaremos mal... ¿No te cansas de esa vida?
 ISABEL. Noto que...
 D. ISÉN. Sigue, te escucho, tengo en ti mi mente fija.
 ISABEL. Es el conde de Torija un galán que vale mucho.
 D. ISÉN. ¿Y a qué viene?
 ISABEL. No lo sé; si saberlo es tu capricho, como otros lances me ha dicho, éste pronto lo sabré.
 D. ISÉN. Al hablar de ti, vi en él tanta amorosa atención, que se le iba el corazón tras el nombre de Isabel. Charlando así y yo, taimado, descifraba sus lamentos y aprecié que por momentos quedó de ti enamorado.
 ISABEL. Isén, hermano querido, pon rejas a tu favor, que oigo tus sedas de amor como nunca había oído. De oírte, le amo también. Yo te ayudo a la victoria. Díerame la mayor gloria siendo su cuñado.
 D. ISÉN. ¡Isén!
 ISABEL. Dame el brazo.
 D. ISÉN. Y su firmeza.
 ISABEL. Estoy muy dichosa.
 D. ISÉN. Y él. Eres mi reina, Isabel, y la ganaste en belleza.
 (Se entran en casa.)

ESCENA SEXTA

DON FADRIQUE y luego su amigo DON ISÉN.

D. FADRIQUE. Juntos van tristeza y gozo, porque así la vida es, sólo pienso en mi Ginés y en su oscuro calabozo. Amistades y dineros pondré en acortar sus males, pues sus servicios leales merecen mis quebraderos.
 D. ISÉN. ¡Hola, Fadrique!
 D. FADRIQUE. ¡Hola, Isén!
 D. ISÉN. ¿Qué te affige?
 D. FADRIQUE. Mal quebranto; mi criado, que es un santo, está en prisión.
 D. ISÉN. ¿Y por quién?
 D. FADRIQUE. Tu padre, el corregidor, por medio de un alguacil.
 D. ISÉN. Juro que ese esbirro vil... Mas no hay que apurarse por tan rastrera villanía.
 D. FADRIQUE. Visto el caso, desconfío.
 D. ISÉN. Deja el asunto por mío, que verá la luz del día,

- D. FADRIQUE. ¿Cuándo?
 D. ISÉN. Pronto, quizás hoy.
 D. FADRIQUE. Disiento de tu optimismo.
 D. ISÉN. Al Concejo ahora mismo
 con dos mil diablos me voy.
 D. FADRIQUE. En torno a mí se ha tramado
 tan helénica leyenda,
 que no hay magín que la entienda,
 y eso me trae disgustado.
 Tu padre, que ya blasona
 de su cargo en avaricia,
 ha enfilado su justicia
 contra mi humilde persona;
 y siendo tu padre, ves
 cómo mis bríos refreno
 y callo y aguanto y peno
 por ser padre de quien es.
 Y apostaría de fijo,
 con cuantas pruebas me exija,
 que es el conde de Torija
 menos diablo que su hijo.
 D. ISÉN. Conforme.
 D. FADRIQUE. Asuntos de faldas
 que lleguen sobre su mesa,
 no me pillan de sorpresa:
 todos sobre mis espaldas;
 y así acrecida mi fama
 injusta, necia y notoria,
 me va cargando de gloria,
 que es el infierno en mi dama...
 Fuiste tú, sé donde piso,
 el raptador de Florinda;
 te llevaste la más linda
 doncella... porque ella quiso.
 D. ISÉN. ¡Ja, ja! Tiempo habrá, pardiez,
 de charlar sobre manteles
 de orgías, duelos y mieles,
 que es vivirlos otra vez.
 Cité a dos... son dos auroras.
 D. FADRIQUE. Pues yo te cedo las dos;
 que esta noche, sabe Dios,
 di ocupación a mis horas.
 D. ISÉN. Preveo en tí un buen cartujo.
 D. FADRIQUE. ¡Quién sabe!; soy pecador,
 y a veces no es lo mejor
 mujeres, vicios y lujo.
 D. ISÉN. Ratos grises...; tres botellas
 nos esperan por Ginés.
 D. FADRIQUE. Tus ojos verán cómo es.
 D. ISÉN. Eso lo han de decir ellas. *(Se van.)*

ESCENA SÉPTIMA

ISABEL, en el poyo de su reja, como cansada
 en la lectura.

- ISABEL. ...Espera, espera, alma mía,
 ayugada a ingratos hierros
 en cartuja sin cipreses,
 con muros de carne y hueso.
 Si se vela, noche en luto,
 la duración de un momento.
 Jamás dijo enamorada,
 que el amor sabe del tiempo.
 Las estrellas fijamente
 miradas desde mi asiento
 en la altura de la noche
 dan tibio calor al fresco

y la espera incierta acortan
 con sus luces y sus juegos,
 y hay noches que hacen un corto
 como si cantaran versos.
 Es la cita centinela,
 con armas de amor, arquero
 con santo y seña de ofrendas,
 inquietudes y silencios.
 Letanías de dos almas
 con la misma fe en el rezo,
 dos vidas juntas con himnos
 de juventud bajo el cielo.
 Alma que esperas con gozo
 palabras de terciopelo,
 madrigales de unos ojos
 —ascuas de luz y de fuego—,
 calor de manos morenas
 y temblores de deseos
 y fragancias de un rosal
 nacido en granate pecho,
 es la espera del que espera
 desde sus torcidos hierros,
 calvario con veinte cruces,
 castigo de un fuego lento
 que quema y quema impaciencias
 y locuras y proyectos,
 y quedan en sus cenizas
 rencor, lágrimas y celos.

ESCENA OCTAVA

DICHA y DON FADRIQUE, que llega ansiosamente
 a la reja.

- D. FADRIQUE. ¡Isabel!
 ISABEL. Menguad las ansias.
 D. FADRIQUE. No temáis maldad.
 ISABEL. No temo.
 D. FADRIQUE. Que si el cielo nos protege,
 mi espada no lo hace menos.
 Sois bella.
 ISABEL. Sois atrevido.
 D. FADRIQUE. Dulzura vos.
 ISABEL. Vos moreno.
 Callad y tomad mi mano
 y en ella sembrad tres besos.
 D. FADRIQUE. Trinidad de enamorados:
 amor, peligro y deseo...
 ISABEL. Perdonad, ¿no oíste ruido?
 D. FADRIQUE. Yo también pasos oí.
 ISABEL. Con Dios quedad.
 D. FADRIQUE. Que Él a ti
 vele tu sueño florido.
 ISABEL. No dormiré.
 D. FADRIQUE. Si me esperas.
 ISABEL. ¿Es plazo largo la una?
 D. FADRIQUE. Bajo el palio de la luna,
 contigo noches enteras
 me gozara en tu mirada,
 prisionero de tu mano.
 Sé que cenas con mi hermano.
 D. FADRIQUE. Le tengo palabra dada.
 ISABEL. Me temo.
 D. FADRIQUE. ¿Por qué temer?
 Que amistad presto se deja
 cuando detrás de una reja
 nos espera una mujer.
(Lenta despedida amorosa.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHO y GINÉS, con rebosante alegría al ver a su señor.

GINÉS. ¡Don Fadrique!
 D. FADRIQUE. ¡Si es Ginés!
 Isén cumplió lo ofrecido.
 GINÉS. Me veía más perdido
 que un esclavo genovés.
 Con mal pie entramos, señor,
 y lo pasado me advierte
 que aquí nos ronda la muerte
 de orden del corregidor.
 D. FADRIQUE. Nos rondan cosas mejores.
 GINÉS. Señor conde, no se fie.
 D. FADRIQUE. Hoy la suerte me sonrío
 sobre un ribazo de flores.
 Ganados lance y laurel,

volvamos a la hostería.
 ¿Hay hambre?

GINÉS. Más que tenía.
 D. FADRIQUE. Dios, mi espada y mi Isabel.
 GINÉS. Que esta gente nos recela.
 D. FADRIQUE. Pues que recela valiente.
 GINÉS. Sería lo más prudente
 largarnos a toda vela.
 D. FADRIQUE. ¿Marcharnos? Antes pedazos,
 que acometer tu programa.
 ¡Qué diría nuestra dama
 del valor de nuestros brazos!
 Vencimos, y aún me pregunto
 si huyó de mí aquel Ginés...
 GINÉS. Señor, estoy a sus pies;
 "no hablemos más del asunto".

TELÓN

JORNADA CUARTA

Ventorro de "El Parral", en las riberas del Arlanzón. Mesas, botillería, etc.

ESCENA PRIMERA

DON FADRIQUE, DON ISÉN, GINÉS un PEREGRINO, BODEGUERO y convidados.—La cena ha terminado y siguen bebiendo.

VARIOS. ¡Bravo! ¡Bravo!
 D. ISÉN. Que Ginés
 alguna jácara diga.
 GINÉS. El pan es corteza y miga,
 y jara del horno... pues...
 Beso pon, que beso quites,
 es refrán en mi lugar,
 pues al poner y quitar,
 aun no queriendo, repites,
 y el besar no te arrepienta,
 ya que el beso es un placer,
 y al ser muchos, la mujer
 pierde en seguida la cuenta.
 (Fuertes risotadas.)
 PEREGRINO. Hermano, voy a seguir
 mi ruta por esas villas.
 BODEGUERO. Escasamente a dos millas
 tenéis a Burgos.
 PEREGRINO. He de ir
 sin falta esta noche, hermano;
 la noche es como un fanal.
 BODEGUERO. Seguid el camino real:
 se ve desde ese altozano.
 PEREGRINO. Dios le pague a su merced
 la colación generosa
 y os guarde mucho esa rosa
 de olor en vuestra vejez.
 Rico el queso.
 BODEGUERO. Buralés,
 por lunas su fama agranda;
 no lo hay mejor en Holanda
 ni en el suelo portugués.
 ¡Y qué me decís del trago
 de Aranda?

PEREGRINO. Gloria es el vino.
 Dos tragos, y no es cansino
 el camino de Santiago.
 D. ISÉN. ¡Bodeguero! ¡Bodeguero!
 BODEGUERO. Me llaman.
 D. ISÉN. ¡Más vino acá!
 D. FADRIQUE. ¡El peregrino se va?
 PEREGRINO. Ya descansé, caballero;
 pensad que he de caminar,
 ya que me impuse esa ley,
 y hasta el Hospital del Rey
 queda bastante que andar.
 Nacer y morir es eso,
 un camino de Santiago;
 nadie se exime del pago,
 y es un viaje sin regreso.
 D. ISÉN. ¡Vaya un vaso!
 D. FADRIQUE. ¡Ésta es mi copa!
 Poned los labios en ella
 y que os guíe buena estrella
 bajo esa cruz y esa ropa.
 PEREGRINO. De honor mi pecho se baña
 y en vuestro honor beberé.
 ¡Que no se apague mi fe
 por los caminos de España!
 ¿Quedáis contentos?
 D. FADRIQUE. Quedamos.
 PEREGRINO. En vuestros altos destinos
 sois, como yo, peregrinos,
 que, sin querer, caminamos.
 Yo, dolido en penitencia,
 entre pedernal y ortiga;
 vos, sin sentir la fatiga
 de vuestra alegre existencia.
 D. FADRIQUE. ¡Tomad! (Le da unas monedas.)
 PEREGRINO. Mi gozo se exalta;
 tanta mi mano no ha visto.
 D. ISÉN. Le rezas al Santo Cristo,
 y en paz, que nos hace falta.
 PEREGRINO. Señor conde de Torija.

D. FADRIQUE. ¿Me conocéis?
 PEREGRINO. Con hartazgo.
 Hube en Cuenca mayorazgo
 y hube también una hija.
 D. FADRIQUE. ¿Doña Luz? ¿Y vos, Chirino?
 PEREGRINO. Mi altivez segó desgracias,
 enojos del rey, y gracias
 que me quedé en peregrino.
 Más que piedras hallo amigos.
 ¡Ay, no todos al nacer
 se pueden dar el placer
 de tener sus enemigos!
 Dios les bendiga el yantar.
 BODEGUERO. No hay pérdida, coge a mano,
 y si andar no quiere, hermano,
 pues se acuesta en el pajar.

(Se va.)

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y ROSA.

GINÉS. ¡Ya se fué!
 D. ISÉN. ¡Rosa graciosa!
 ¡Vinimos a un funeral!
 GINÉS. Nos ha dejado su mal
 la mesa como una fosa.
 D. ISÉN. Olvidemos y brindemos.
 D. FADRIQUE. Triste me puso el relato.
 D. ISÉN. Si esto es pasar un buen rato,
 más vale que lo dejemos.
 GINÉS. Quejábase don Andrés,
 viejo que en mi tierra había,
 de la mujer que tenía,
 joven, bonita y cortés.
 Aunque industria trae el ruido
 del amor en sus engaños,
 al alba oyen los extraños
 y con la luna el marido.
 Y de pendencia en pendencia
 con el marido burlado,
 ella, por fin, lo ha encalmado
 con esta fina ocurrencia:
 “¿Tengo yo la culpa, Andrés,
 en tus celos y desplantes,
 de que tú nacieras antes
 y yo naciera después?”
 D. ISÉN. ¡Ja, ja! Donosa lección;
 es curiosa la historieta.
 D. FADRIQUE. Adónde el zapato aprieta,
 saber es buena razón.
 D. ISÉN. ¿Te has mirado en el arroyo?
 ROSA. Ha tiempo que no me vi.
 D. ISÉN. Pues tienes, chiquilla, ahí
 para los besos un hoyo.
 ROSA. Don Isén, los dedos quietos.
 D. ISÉN. ¿Quietos con esa mirada?
 Es mi sangre una riada
 de potros triscando setos.
 ¿Tienes galán?
 ROSA. Si quisiera,
 como espigas los tendría,
 mas ser casada en su día
 me hace vivir altanera.
 D. ISÉN. Pues no olvides de un doncel
 esta frase así al desgairé:
 el amor es como el aire,
 que no se vive sin él.
 ROSA. Pero cuando es huracán,
 causa sus desolaciones.

D. ISÉN. En aquellos corazones
 que son tiernos como el pan.
 BODEGUERO. ¡Rosa!
 ROSA. Mi padre se escama;
 dejé al fuego olla podrida.
 D. ISÉN. ¿No has de estar siempre encendida,
 si vives de llama en llama?
 (Se va ROSA.)
 D. FADRIQUE. ¿Te gustó la moza?
 D. ISÉN. Sí,
 es bocado apetitoso.
 D. FADRIQUE. Sigues igual de goloso
 que cuando te conocí.
 GINÉS. Don Isén, por lo que infiero,
 y no lo debe olvidar,
 se suele en el campo dar
 mucho el cardo borriquero.
 D. FADRIQUE. ¡Ja, ja!
 GINÉS. Ruego a su merecé.
 D. FADRIQUE. El campo no es la ciudad;
 en ésta hay más caridad
 de amor, y menos se ve.
 ¿Qué fuera del manso río
 que no pudieran llegar
 sus furias aguas al mar
 y torciese a su albedrío?
 D. ISÉN. Y tú sigues tan poeta.
 Recuerdo aquel madrigal
 que una noche en carnaval
 hiciste a una lisboeta.
 D. FADRIQUE. ¿Lo merecía?
 D. ISÉN. Era un sol,
 además de ser casada.
 D. FADRIQUE. Eso nunca importó nada,
 si es el amante español.
 D. ISÉN. Hubo celos y hubo pique,
 y al fin, en lance metido,
 tu espada probó el marido
 y te dió fama, Fadrique.
 D. FADRIQUE. La gente, que es como es.
 D. ISÉN. Y en la Corte, ¿no hubo nada?
 Pues desde aquella estocada,
 ¿cuántas fueron a tus pies?
 D. FADRIQUE. ¿Y a los tuyos?
 D. ISÉN. Las que tú
 despreciabas altanero;
 hizo en Portugal sendero
 de dichas tu juventud.
 D. FADRIQUE. Juventud..., ¡qué desvarío!
 Sueños y desilusión.
 ¿No te cansa la canción
 eterna del mismo río?
 (Vuelve a salir ROSA.)
 ROSA. Ya estoy aquí, don Isén.
 D. FADRIQUE. Ven aquí ahora conmigo.
 ROSA. Si vos sois como su amigo,
 me volveré a la sartén.
 (Se sienta dócilmente a sus
 rodillas.)
 D. FADRIQUE. Deja que mire esa llama
 que Dios puso en tu belleza;
 eres capullo que empieza
 a florecer en la rama.
 Eres visión de poetas,
 y por humilde más grata,
 como la verdosa mata
 que oculta las violetas.
 Pusiera mi fuego en ti,
 y la nieve de tu pecho

llegara hasta el hondo lecho
del río que llevo aquí.

¿Quién, capullo florecido
en una linde campera,
una mañana cualquiera
te besaré enardecido?

Razones no tuvo amor
cuando anida con pasión;
guárdate ese corazón,
no lo destroce un traidor.

ROSA.

Aunque yo no tengo explique
y me explique a mi manera,
me da por ser romancera.

¿Eso es malo, don Fadrique?
Y entre sus manos tan quietas
y su palabra movida,
me siento aquí protegida.
¡Qué imán el de los poetas!
Fuí a las monjas.

D. FADRIQUE.

Ya se ve.

ROSA.

Romances oigo en la venta,
nadie como vos los cuenta.
Cuenta alguno su mercé.

D. ISÉN.

¿Te gustó la moza?

D. FADRIQUE.

Sí.

D. ISÉN.

Ya somos dos.

D. FADRIQUE.

Siento el lance;
después que acabe el romance,
yo te la regalo a ti.

D. ISÉN.

¡Otra copa!

D. FADRIQUE.

Sin desmayo.

GINÉS.

Bebed, que también nos toca.

(A todos.)

D. FADRIQUE.

Conviene tener la boca
tan fresca como el Moncayo.
...Rubia, espigada princesa,
giralda en yegua alazana,
dócil a la dulce espuela
de su pie, caricia y plata,
con su amiga Beatriz,
jineta en torda potranca,
cariño y risas unidos
por ramblares del Adaja,
a pesadumbres de hierro
entretienen y desatan.
Azules tiene los ojos,
y como de tierra parda
el tostado de sus brazos,
que riendas acariciaban.
De amapolas de sembrado
es la color de su cara,
sol de Castilla, ese sol
que agosta trigales y almas.
Gentil, traviesa y sencilla,
un corpiño y una falda
de telares segovianos,
corre, trota, sube y baja
lomerías, acequias, prados.
Las polvaredas la raptan
en los llanos recocidos
de la seca tierra llana,
y fraguás son los gujarros
y tempestades las charcas
por donde pasan los cascós,
alas de yegua alazana.
El paisaje se hace lienzo
así que frena y se para
—en espera de su amiga—,
giralda en yegua alazana.

Vasallos y mercaderes
de Arévalo y Torres Altas,
cortos de andar y de bienes
y tez como las hogazas,
con muestras de gran contento
de lejos la saludaban.

Los poderosos magnates
un ¡ay! de dolor recatan,
que es dolencia ansiar el fruto
de la más eimera rama.

Nunca vióse una princesa
tan seductora y tan llana
por tierras de pan llevar,
giralda en yegua alazana.

No tuvo más enemigos
que Enrique IV de España;
quisiérala en el castillo
de penas amortajada.

Con su amiga Beatriz,
siempre de puñal armada,
por si el rey traidoramente
con engaños traicionaba,

a la plaza de Medina,
de Europa lonja de fama,
a gozarse en su riqueza
baja un día por semana.

Medina, Babel de gritos,
y sin mercado callada,
allí todo es mercancía,
tienen precio las palabras.

Y, una más entre las gentes,
serenamente escuchaba
leyendas, coplas, romances,
cancioneros y baladas

de juglares y troveros,
que en su memoria grababa,
pues era la princesita
de inteligencia muy clara.

Una tarde, ya de vuelta
de Medina para casa,
corto el paso y brida suelta,
giralda en yegua alazana,

así decía a su amiga
con pesar en sus palabras:
"De haber nacido varón,
¿cómo las cosas cambiaran!

A don Álvaro de Luna
en coplas no se mentara,
borrón que a mi amado padre
costó la vida y desgracias

y en banderías el reino
lo dividieron las armas.
Si algún día fuese reina,
buen Dios, ¡qué bien gobernara

gentes de temor de Dios
y de conciencias honradas!
Me diste dolor, que enseña;
dulzuras, que abren el alma;

salud, que abrevia el trabajo;
belleza, que hombres desarma;
humildad para la ruca,
ambición de soberana

y lágrimas de mujer
y austeridad en las palabras."

Con tan graves pensamientos,
por ramblares del Adaja
iba soñando en ser reina,
rubia princesa espigada,

con su amiga Beatriz,
giralda en yegua alazana.
ROSA. Ahora comprendo, señor,
sean jardín de las damas
esos labios de reclamo
y esos ojos que las matan.
D. FADRIQUE. ¡Acá en seguida la cuenta!
BODEGUERO. Voy, señor.
D. FADRIQUE. Mi bolsa paga.
D. ISÉN. Sois forastero.
D. FADRIQUE. Ginés,
a los caballos prepara...
ROSA. ¡Ay señor!
BODEGUERO. Tú, a la cocina;
¡pues vaya con la muchacha!
ROSA. ¿Tan presto os vais, don Fadrique?
D. FADRIQUE. ¿Fué corta la traspachada?
Estoy como si me fueran
a suceder cosas malas.
ROSA. Señor, quizá que no duerma;
por detrás de la corrala
veréis una puerta abierta;
le espero de madrugada.
BODEGUERO. "No hablemos más del asunto."
GINÉS. ¿También tú? ¿Quién tal manera...?
BODEGUERO. Eso lo sabe cualquiera,
sin saber coma ni punto.
D. ISÉN. ¿Cenasteis bien?
D. FADRIQUE. Bien cenamos;
la charla fué empalagosa;
sobró verso y faltó prosa,
y con vino lo rimamos.
D. ISÉN. Te hago una apuesta.
D. FADRIQUE. No acepto,
que me sospecho tu pulla:
si es por ésa, dije es tuya,
y, tuya, te la respeto.
D. ISÉN. Se trata de Laura.
D. FADRIQUE. ¡Horror!
¡Tu novia, Isén! ¿Estás loco?
Yo a tu novia no la toco.
D. ISÉN. ¡Nuera del corregidor!
Pardiez, al suelo bravatas
del soñador y del vate,
sería un digno remate
de la cena.
D. FADRIQUE. ¿Así me tratas?
El vino se te fué, Isén,
y no quiero ni pensar
me intentes utilizar
para otras cosas también.
D. ISÉN. Amigos, ved mi programa:
dos horas y cien ducados
por mí quedan apostados
al que me traiga mi dama.
(Silencio.)
Pasan los años, Fadrique,
y aquel vigór tan hiriente,
furia, huracán y corriente,
le vamos poniendo dique.
Ya todo pasó a la historia,
hazañas, fama, renombre;
veo que en ti queda el hombre
cabal, sesudo y sin gloria.
D. FADRIQUE. Isén, que tu lengua es bruja.
D. ISÉN. Apreciación de un amigo.
Por segunda vez te digo:
tú acabas en la Cartuja.
D. FADRIQUE. Pierden brío en el mañana

los peligros ya pasados,
presto quedan olvidados
del mundo en muerte temprana.
Mas, presto o tarde, renace
honra del que los venció,
y de su olvido nació
un dolor que satisface.
(Enérgico en la idea concebida.)
Ginés, ¿están los caballos?
A las cinchas dad un punto,
que hemos de hacer un asunto
entre centellas y rayos.
¡Doseientos ducados!

D. ISÉN. Van.
D. FADRIQUE. ¿La casa?
D. ISÉN. Ginés la sabe.
D. FADRIQUE. ¿Su cuarto?
D. ISÉN. Al jardín; la nave
que enramada hace chaflán.
Mi mano.
D. FADRIQUE. Mi mano es ésta.
D. ISÉN. Dos horas.
D. FADRIQUE. Con menos sobra.
Adiós.
D. ISÉN. El que gana, cobra.
D. FADRIQUE. Doseientos era la apuesta.
Isén: ¿balcón o ventana?
D. ISÉN. Un florido mirador
con visillos.
D. FADRIQUE. Y un favor:
que no lo sepa tu hermana.
D. ISÉN. Don Fadrique, buena suerte.
D. FADRIQUE. Don Isén, a lo hecho, pecho.
D. ISÉN. Nunca os vi tan satisfecho.
D. FADRIQUE. Nunca le temí a la muerte.
(Se van, y tras ellos se reti-
ran todos a verlos marchar.)

ESCENA TERCERA

ISABEL, cubierto el rostro con el manto, y BODE-
GUERO.
BODEGUERO. Como si el diablo en compañía
fuera con ellos. Yo, mudo,
me abre la boca un escudo,
me la cierra una patraña,
que oficio de bodeguero
es callar, servir y ver,
buena cara, obedecer
y cobrar en buen dinero.
¡Una dama!
ISABEL. ¡Bodeguero!
BODEGUERO. A su servicio, señora.
ISABEL. ¿Os extrañáis?
BODEGUERO. Sí, la hora
es de acostarse el lucero.
ISABEL. ¿Quién cenó aquí?
BODEGUERO. Pues, aquí,
gente joven y de brillo.
ISABEL. ¿Mujeres hubo?
BODEGUERO. ¡Cardillo!
Mi mesón es pobre, sí,
pero...
ISABEL. Y ellos ¿dónde están?
BODEGUERO. Por ahí..., no sé..., de paseo.
Cenaron a su recreo...;
mirando el Zodíaco irán.

ISABEL. Tomad, y la lengua, muda;
aquí espero a don Isén
sin prisas.
BODEGUERO. Mas ¿vos también?
Las vuelven locas, no hay duda.
(*Se va.*)

ESCENA ÚLTIMA

DICHA y DON ISÉN.

D. ISÉN. Con freno van los corceles,
y aun el viento no les gana.
ISABEL. ¡Isén!
D. ISÉN. ¿Qué buscas, hermana?
ISABEL. ¿Qué quieres que busque?: hieles.
D. ISÉN. ¿Y Fadrique?
En la ciudad;
con Ginés se marchó ahora.
ISABEL. Y tú nunca encuentras hora.
D. ISÉN. La noche es mi otra mitad.
Te manda el corregidor
o te manda otro deseo;
sin que nada digas, creo
que a ti te manda el amor.
ISABEL. Amor de hermana y mujer,
dos mandos en uno solo;
por ambos de polo a polo
en cruz fuera a recorrer.
¿Bebiste, Isén?
D. ISÉN. Yo, con tiento.
ISABEL. ¿Y él?
D. ISÉN. Acorta la bebida.
ISABEL. ¿Y esa mocita?
D. ISÉN. Dormida.
ISABEL. ¿No me mientes?
D. ISÉN. No te miento.
ISABEL. No llegabas, y yo en vela,
porque te conozco bien.
D. ISÉN. Es que tú tratas a Isén
como un chico de la escuela.
¿Por qué viniste?
ISABEL. No sé;
temores que atraen el llanto.
D. ISÉN. Pero por mí, mientras tanto,
tu virtud se expone a que...
No sigas.
ISABEL. A veces hablo...
D. ISÉN. Que soy tu hermana Isabel.
ISABEL. Pero es de noche...; tú..., él...,
D. ISÉN. lo demás lo pone el diablo.
ISABEL. Mi conciencia es como lago
de quietud; ¿la tuya, Isén?...
D. ISÉN. Las conciencias no se ven
como tú crees.
ISABEL. Mal pago
le espera a Laura.
D. ISÉN. Con saña
me tratas, nada me aterra;
tú vienes en son de guerra.
ISABEL. Traigo la paz, y te extraña.
Además de hermana, olvidas
que es como madre también;
aun muerta, sus ojos ven
con dolor nuestras caídas.
Hombre que dices amarlas,
sólo con pensar quién eres,
dieras amparo a mujeres
en vez de desampararlas.

Aquel temor y nobleza
y virtud y señorío
¿dó fueron, hermano mío?,
que sólo veo bajaiza.
¿Callas, Isén?
D. ISÉN. Es en vano,
eres maldita y tirana.
ISABEL. ¿Dónde mejor una hermana
que al dulce sol de un hermano?
Mal quedaron. No hay señales.
(*Viendo las botellas.*)
¿No me obsequias?
D. ISÉN. Con veneno.
ISABEL. Si éste es su vaso, hasta lleno
bebiera.
D. ISÉN. Todas, iguales.
ISABEL. Iguales, tú lo dijiste.
No hay distinción en los males
del amor; todos iguales.
¿Qué otro mal tú conociste?
No queréis reconocer,
en vuestros vanos placeres,
que lo que llamáis mujeres
es tan sólo una mujer.
Es todo imaginación,
que paga errores fatales.
Nacemos todos iguales,
con el mismo corazón.
D. ISÉN. Coge el caballo, Isabel,
y marcha.
ISABEL. Primero muerta.
D. ISÉN. Te echaré por esa puerta.
ISABEL. Quizás no, si vuelve él.
Quedó en verme, y no le vi;
llantos mojaron la reja;
de él no me quejo; mi queja
es toda, Isén, contra ti.
Nieblas me hiciste la luz;
débil, faltó al juramento
por tu culpa; ¡cómo siento
mi carne junto a mi cruz!
D. ISÉN. Roca, mujer, sé que eres;
si ése es, hermana, tu gusto,
quédate, no me disgusto,
puesto que tú así lo quieres.
¿Volverá pronto?
ISABEL. ¿Volver?
D. ISÉN. Según le apunte la suerte;
pudiera encontrar la muerte
antes del amanecer.
ISABEL. Me haces el alma pedazos.
¿Dónde marchó?
D. ISÉN. Lo has de ver.
Vendrá con una mujer
en la curva de sus brazos.
¿En sus brazos!
ISABEL. Pierde, o gano.
D. ISÉN. ¿Y ella será?
ISABEL. Rica y pura.
Tú no harás esa locura.
¡Infame! ¡No eres mi hermano!
Ya veo claro querías
que a Laura raptase él,
y así tu boda...
D. ISÉN. ¡Isabel!
ISABEL. ¡Señor, cuántas cobardías!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

JORNADA QUINTA

DECORACIÓN. *La misma de la jornada tercera, o telón de calle.*

ESCENA PRIMERA

Los ALGUACILES 1.º y 2.º vienen haciendo el rondín, y se detienen para escuchar la fuerte tonada del sereno.

VOZ DENTRO. ¡Ave María Purísima!
 ALGUACIL 1.º ¡Buen gatzate el de Remigio!
 ¡Qué silencio!
 ALGUACIL 2.º ¡Ni un candil!
 ALGUACIL 1.º ¡Ni una mosea!
 ALGUACIL 2.º ¡Ni un chorlito!
 Paz en víspera de fiesta
 ¿no te barrunta...?
 ALGUACIL 1.º Eso mismo
 rumiaba yo. Duerme Burgos
 como tumba de arzobispo.
 Hasta en la Pellejería
 están los caños dormidos.
 La noche, que es manto y negro,
 tapa el trajín de los vivos,
 y esta noche como muertos
 yacen en casa metidos
 sangradores y poetas,
 tapadas de alegre oficio,
 envidiosos del que manda,
 letrados sin un litigio,
 conversos con mascarilla,
 reñidores de buen cinto
 y borrachos y perailles
 que tienen mandón el vino.
 ALGUACIL 2.º ...El corregidor bien duerme.
 ALGUACIL 1.º Ya me fijé en los visillos.
 No dormiré así su hija;
 tú ya me entiendes; lo digo
 porque las que son *hurises*
 tienen despierto el oído.
 Los hijosdalgo del reino
 pierden tras ella el estribo.
 ALGUACIL 2.º ¿Cargaré por fin el conde?
 ALGUACIL 1.º Siempre es carga en un marido
 doncella que brilla y gasta
 y son leyes sus caprichos.
 ALGUACIL 2.º Date al diablo, no se tercié
 en el torneo un merino

y les gane la partida,
 que onzas vencen pergaminos.
 ALGUACIL 1.º Dicen que el conde es un diablo,
 jamás por nadie vencido,
 y que rapta a las doncellas
 con tal asombro y hechizo,
 que contra su valentía
 no hay murallas de granito.
 Y temen que, sin saberlo,
 se encuentre en Burgos vecino.
 ALGUACIL 2.º ¿Y quién prende a hombre tan
 ALGUACIL 1.º Nosotros. [bravo?
 ALGUACIL 2.º Pronto lo has dicho.
 ALGUACIL 1.º Va en ello nuestras cabezas,
 el corregidor lo dijo.
 ALGUACIL 2.º Temores de prevención
 serán.
 ALGUACIL 1.º Cuando suena el río...
 En la catedral las doce
 yo conté.
 ALGUACIL 2.º Yo hice lo mismo.
 ALGUACIL 1.º Servir al rey manda Dios,
 y siendo éste nuestro oficio...
 ALGUACIL 2.º ¿Qué oíste por el Concejo?
 ALGUACIL 1.º En el Concejo se dijo
 que nuestro rey don Felipe
 se casa y está en camino
 de *Ingalaterra* una reina.
 ALGUACIL 2.º Pronto tendremos bautizo.
 Más nos valieran caloñas
 y menos guerras y fiseos.
 ALGUACIL 1.º Rondemos hacia los Cubos.
 ALGUACIL 2.º ¡Ya caben llenos de vino!
 ALGUACIL 1.º Si no de vino, de sangre
 algo llenos ya se han visto.
 Esta noche al regidor
 toparemos...
 ALGUACIL 2.º Y es un bicho
 que en una ronda hace dos:
 la de ella y la de su oficio,
 y por menos de un pimiento
 te pone al fresco el cocido.
 ALGUACIL 1.º Nunca viene mal un blanco
 en el horno del Rosquillo.

ALGUACIL 2.º ¿Y si el conde sale al paso?
ALGUACIL 1.º Con echar un trotecillo... (Se van.)

ESCENA SEGUNDA

NORBERTO y JUAN. *El primero viene casi como "una cuba", dando gritos y cantando.*

NORBERTO. Con el picotín,
con el picotán;
no me pidas vino,
no me pidas pan;
con el picotín,
con el picotán.
Voy más derecho, derecho,
como un surco en la veguilla.
¿Miento, Juan? Tú eres mi amigo.
Que ya es tarde.

JUAN. A mí mentiras,
no. No veo en el cielo
que anden sueltas las cabrillas.
Vamos.

NORBERTO. ¡Carrasca! ¿Es que hay miedo?
¿A qué? Si soy don Favila
y hasta me tiemblan los muertos
si les suelto un "Díes ira".
Tú vas borracho.

JUAN. ¡Norberto!

NORBERTO. Para andar con la bebida,
se necesita..., ¿tú sabes
lo que el hombre necesita?
Primero, si has de pagar,
dinero, y después, barriga,
que es la bodega del pobre.

JUAN. Nos espera una paliza
como vengan los corchetes.

NORBERTO. Eso sí que me da risa.
¡Corchetes! Yo no los uso;
eso, para las pretinas.
Yo soy hidalgo como éstos.
¿Que voy con esta ropilla?
Pero yo vengo de Adán.
¿Soy un adán? Tú replica.
Y del que enterrara a Abel
vengo yo en línea *sanguinia*.
Que también nace nobleza
de vientres de artesanía.

JUAN. ¡Vamos!

NORBERTO. Si mañana es fiesta,
y el vino de la Benita
me ha puesto la boca alegre
y el andar...

JUAN. De cofradía.

NORBERTO. Con el picotín,
con el picotán...

ESCENA TERCERA

DICHOS y ALGUACILES 1.º y 2.º, *malhumorados ante las voces.*

ALGUACIL 1.º ¿Quién eres tú?

NORBERTO. ¿Yo? Norberto.

ALGUACIL 1.º ¿No sabes que la alcaldía
a altas horas de la noche
prohíbe lo que tú hacías?

NORBERTO. ¿Son dos corchetes? ¡Carrasca!

JUAN. Vamos a lo nuestro.
ALGUACIL 1.º ¿Olvidas

que la ley es siempre ley
en los reinos de Castilla?
¡Dos gusaneros borrachos!
Pero no de luz, golillas.
¿Son dos corchetes?

NORBERTO.

ALGUACIL 1.º ¿Tu lengua
también tiene la osadía
de agraviar a...?

JUAN. Faltó el vino.

ALGUACIL 1.º Ya le sobraré justicia.
Presos quedáis, y os darán
algo para la bebida.

NORBERTO. Señor corchete, si alguno
se muere, ¿quién le echa encima?...
¡Ya hemos callado!

ALGUACIL 1.º

JUAN. ¿Distingues?...
NORBERTO. Ni un gorrión de una borrica.

ALGUACIL 2.º ¿Lo que hace el vino en villanos!

NORBERTO. ¡Ay pobres de mis costillas!
¡Tengo mujer y ocho eríos!

ALGUACIL 1.º Cargo de más, ya que tiras
lo que en tu hogar hace falta.

NORBERTO. ¡Que no le entrara a las viñas
un pedriseo, por la Virgen!

ALGUACIL 1.º ¡También con hechicerías!

(Se van.)

ESCENA CUARTA

DON RABÍ, *físico judío*, y RUFINA.

RUFINA. Corramos, don Rabí Harón:
mi señora está en un grito.

D. RABÍ. No tanta prisa, repito,
que antes ya di un tropezón.

RUFINA. ¡Ay pobre señora mía!
Don Rabí, ¡tengo una pena!

D. RABÍ. Callad, la pondremos buena
con malvas y una sangría.

RUFINA. Cenó con mucha abundancia
y estubo un rato al balcón.

D. RABÍ. Una mala digestión;
eso no tiene importancia.
Ya conozco mis pacientes;
por ser quien es vuestra dama,
dejo el placer de mi cama;
no hago tal con otras gentes.
Ha nuestro oficio la suerte
que el que va a morir le acosa.
¿A qué esa prisa imperiosa,
si es tranquilidad la muerte?
¡Achist!, ya me constipé:
el relente de ese río.

RUFINA. ¿Siendo físico y judío,
se constipa su merced?

D. RABÍ. Soy mortal, buena cristiana,
y, acogidos a la ley,
vivir nos permite el rey
en la tierra castellana.
Pues que, perdida Granada
por el rey de morería,
asilo en la judería
se nos dió, que es darnos nada.
Estaría escrito así...

RUFINA. Le estima doña Gaudencia.

D. RABÍ. Yo le pago con mi ciencia,
y en buena plata ella a mí.

RUFINA. Es tía de mi señora;
ella viene de judíos.
D. RABÍ. Corramos con nuestros bríos,
no lleguemos a deshora. *(Se van.)*

ESCENA QUINTA

ALGUACIL MAYOR, *seguido de* ALGUACILES 1.º y 2.º

ALGUACIL 1.º ¿No te dije?, ¡ahí lo tenemos!
ALG. MAYOR. ¿Hay novedades?
ALGUACIL 1.º Pusimos
bajo llave a dos borrachos
por sus voces y sus gritos.
ALG. MAYOR. ¿Y del conde?
ALGUACIL 1.º Esa lechuza,
¿verdad, tú, que no la vimos?
ALG. MAYOR. ¡Voto al diablo! Nuestras tres
cabezas penden de un hilo.
Está don Nuño que brama
contra todos.
ALGUACIL 1.º ¿Qué le hicimos?
ALG. MAYOR. Pues que se entró en la ciudad,
y como es tan libertino,
se huele que aquí esta noche
sea la noche de ruido.
ALGUACIL 1.º Ya me barruntaba yo.
ALGUACIL 2.º Yo barruntaba lo mismo.
ALGUACIL 1.º Como si lo viese: faldas;
y, tras las faldas, los tiros;
siempre fueron las mujeres
más movidas que un cernido.
ALG. MAYOR. ¿Lleváis las armas?
ALGUACIL 1.º Van siempre
dispuestas al desafío.
ALG. MAYOR. Ya sabéis cómo es el conde.
ALGUACIL 1.º Aunque no hubiera nacido,
buen huésped se entró en Castilla.
ALG. MAYOR. Puede con cuatro o con cinco.
ALGUACIL 2.º Y no somos más que tres.
ALGUACIL 1.º ¡Ay mi mujer!
ALGUACIL 2.º ¡Pobres hijos!
ALG. MAYOR. Toda la guardia está en pie,
y seremos socorridos,
caso que el conde lograse
amilanar nuestros bríos.
ALGUACIL 1.º Pero ¿se sabe?
ALG. MAYOR. Sospecho.
ALGUACIL 1.º ¿Y es ella?
ALG. MAYOR. No lo he sabido.
ALGUACIL 1.º ¿Trae gente el conde?
ALG. MAYOR. Un eriado,
que en la cárcel he metido...
y lo tuve que soltar.
ALGUACIL 1.º ¡Sí que nos hemos lucido!
Se oyen pisadas.
ALGUACIL 2.º ¡Y fuertes!
ALGUACIL 1.º Yo creo que es prudentísimo
vigilar... tras esa esquina,
porque el hombre prevenido...
ALG. MAYOR. Y por si tiran al bulto,
el bulto hurtemos.
ALGUACIL 2.º Bien dicho.
Además, llevo el tabardo
del Corpus y los domingos.
(Se esconden.)

ESCENA SEXTA

DON FADRIQUE y GINÉS, *tomando sus precauciones.*

D. FADRIQUE. ¿Estás seguro que es ésta
la calzada?
GINÉS. Voy acorde;
a veinte pasos de aquí
se alza el jardín, señor conde.
D. FADRIQUE. Me dijo que el mirador...
GINÉS. Será nuestro de dos golpes.
D. FADRIQUE. Supongo que los caballos...
GINÉS. Allí en lo oscuro se esconden.
D. FADRIQUE. ¿No nos venderán?
GINÉS. La bolsa
nos abrirá bien los goznes.
D. FADRIQUE. ¡Qué noche, Ginés! El alma
soberana de la noche
se hace perfume y romance
de hierbabuenas y flores.
En una noche hay nublados
y estrellas, en una noche
hay amor y desamor
y tribulación y goce;
en una noche morimos,
la inspiración se hace molde,
la bonanza es tempestad
y torrenteras los montes.
En una noche es ya rosa
la mezquindad de su brote,
y los deseos, hastío;
la nave, libres tablones;
la dulce novia, casada,
y día se hace la noche.
GINÉS. Y nuestras gargantas, horea,
si erramos, señor, el golpe.
D. FADRIQUE. Están mis brazos que saltan
por ser halda de sus flores.
GINÉS. Es una pluma, y bonita.
D. FADRIQUE. Pero es novia.
GINÉS. En el transporte
de sus brazos, serenata
de suspiros, quizá sobren.
D. FADRIQUE. ¡Lo que es el valor, Ginés!
GINÉS. ¿No será, señor, el soplen,
que al mezclarse con la sangre
los sentidos nos atrofie?
D. FADRIQUE. ¿Tienes miedo?
GINÉS. Tengo ganas
de que alguna vez asome
la quietud por mi morada.
¡Ruido de armas!
D. FADRIQUE. Sí; ¿por dónde?
GINÉS. Hacia acá llegan.
D. FADRIQUE. ¿Son muchos?
GINÉS. Hasta ahora, conté tres hombres.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ALGUACIL MAYOR y ALGUACILES 1.º y 2.º

ALG. MAYOR. ¡Alto a la ronda del rey!
GINÉS. El mundo encima se vino,
señor conde, que son tres;
y uno de ellos el esbirro
que me metió... Tenga calma.
ALGUACIL 1.º ¡Cómo saldremos, Dios mío!
D. FADRIQUE. Andar puede un caballero
libremente a su albedrío,

GINÉS. Para entregar ahora mismo.
 BEATRIZ. ¡Qué cinismo!
 GINÉS. Y no temed ningún daño.
 BEATRIZ. ¿No hay engaño?
 GINÉS. Engaño no puede haber cuando en el pecho hay nobleza; se acaba el mal cuando empieza presto el remedio a vencer.
 BEATRIZ. ¿Y si don Nuño se entera?
 GINÉS. No hay manera.
 BEATRIZ. Tengo tal temblor, Ginés.
 GINÉS. Son los pies.
 BEATRIZ. Don Nuño es un vendaval.
 GINÉS. Hecho el mal.
 BEATRIZ. Pero él le pondrá remedio.
 GINÉS. Si halla medio.
 BEATRIZ. Y de esto hablará la historia.
 GINÉS. Si es con gloria.
 BEATRIZ. Perdonad, me espera el conde.
 GINÉS. Decid dónde.
 BEATRIZ. Y cumplida su ordenanza sin tardanza, lo demás no me acongoja; entregadle, pues, la hoja, que ya vendrá la bonanza.
 GINÉS. ¡Conque, abur, señora mía!
 BEATRIZ. ¡Vaya un día!
 GINÉS. Y dad a doña Isabel cuanto antes ese papel que don Fadrique le envía. *(Vase.)*

ESCENA SEGUNDA

DICHA e ISABEL.

ISABEL. Beatriz.
 BEATRIZ. Por el semblante, poco durmió mi señora.
 ISABEL. Sí, dormí más de una hora.
 BEATRIZ. ¿Y eso es mucho?
 ISABEL. Lo bastante para estar fuerte y serena; durmiera yo, y ya conmigo, como la alondra en el trigo. se durmió también mi pena.
 BEATRIZ. ¿Visteis a mi padre?
 ISABEL. Sí, grave, puntilloso, hurano.
 BEATRIZ. Sólo tan pesado daño le pudo cambiar así.
 ISABEL. ¿Salisteis esta mañana?
 BEATRIZ. Salí, y a fe que lo siento: en cada puerta oí un cuento y en cada rostro una extraña mirada.
 ISABEL. Sucios reptiles de lodazal y perfidia, el veneno de la envidia medra en sus carnes serviles. Les tapa su vasallaje para roer escondidos el mal de los bien nacidos; mucha lengua y sin coraje.
 BEATRIZ. Doña Isabel, yo le ruego.
 ISABEL. *(Dándole la carta.)*
 BEATRIZ. No temas... Si la esperaba. Fué Ginés, y en duda estaba de tomar o no ese pliego.

ISABEL. *(Leyendo.)*
 “Mujer de raso, fuego y malva, estuche de oro, donde ocultas tu corazón, magnolia blanca que de los ojos atrevidos verde giraldo de la rama supo guardar para los míos porque el destino así lo manda. Mujer de nácar, que a tus manos, lirios y espuma, va mi carta, leed serena mis renglones, pues, aunque breves, no les falta bajo la tinta la apacible sinceridad del que los traza. Mujer amada, doy al viento como palomas en bandada las pesadumbres de la noche, los cien dolores que sangrara, el fiero empuje de mis furias por cobardías azuzadas y que amor propio envanecido, gallardo y noble desatara. Mujer que frenas mis impulsos, bahía y sol de mis bravatas, que has apagado mis hogueras con el rocío de tus lágrimas: por el calvario de mis culpas, por el agravio de mi fama, de tu piedad, madero santo, que acoge al alma atribulada, espero, amando, de los labios de tu pasión buenas palabras. Mujer de raso, fuego y malva, estuche de oro, donde ocultas para mi amor magnolia blanca: sólo ante vos, porque sois mía, honor y espada se doblaran.”
 BEATRIZ. Buen dictado y mejor pluma. Me dejó el pecho transido.
 ISABEL. Isén, mi hermano querido, nos trajo a casa esta bruma de deshonor e inquietudes.
 BEATRIZ. Tras ese pliego y tal nombre hay, doña Isabel, un hombre muy varón y con virtudes. Y vos no podéis negar que le amáis.
 ISABEL. Lazo muy fuerte soy con él; sólo la muerte me lo pudiera robar. *(Se van.)*

ESCENA TERCERA

DON NUÑO y ALGUACIL MAYOR.

D. NUÑO. ¡Ira y castigo de Dios se cierne sobre esta casa! Y por la ciudad, ¿qué pasa?
 ALG. MAYOR. Pues que se habla de los dos.
 D. NUÑO. ¡Os colgaré, por Satán, para ejemplo de justicia!
 ALG. MAYOR. Morir, aunque no es delicia, si vos lo ordena...
 D. NUÑO. Saldrán, sin dar reposo a las riendas, diez leguas a la redonda en su busca, y otra ronda registrará las viviendas.
 ALG. MAYOR. Se cumplirá.

D. NUÑO. ¿Hay alguien preso?
 ALG. MAYOR. Detenidas, varias gentes,
 que, aunque sean inocentes,
 darán luz en el proceso.
 D. NUÑO. De dueñas y mancebías
 no quede un palmo sin ver,
 que el raptador suele ser
 querencioso de esas vías.
 Los portillos bien guardad
 con gente armada, y pesquisa,
 salvo donde dicen misa;
 haced con celeridad.
 ALG. MAYOR. Con su venia.
 D. NUÑO. Es de interés
 me aclare si fué mi hijo
 quien en libertad le dijo
 que pusieran a Ginés.
 ALG. MAYOR. Don Isén llegóse a mí;
 este oficio y este euño
 no ofrecen duda, don Nuño,
 y al verlo, yo lo cumplí.
 D. NUÑO. Lo mismo hubiera hecho yo.
 (*Viendo que es falso.*)
 ALG. MAYOR. ¿Me da vucencia permiso?
 D. NUÑO. Aquí quedo sobre aviso
 esperando sí o no.
 Presto mandadme correos,
 y si al fin fuesen hallados,
 "muy dulcemente esposados"
 me presentáis a los reos.
 (*Se va el ALGUACIL MAYOR.*)

ESCENA CUARTA

DICHO y DOÑA IRENE.

D.ª IRENE. ¡Señor justicia mayor!
 D. NUÑO. Levantaos, doña Irene.
 Lo sé todo y sé a qué viene;
 son justos llanto y dolor.
 Ya os he visto el corazón
 muerto en crespones y penas.
 D.ª IRENE. Señor, sangre de mis venas
 reclama vuestra opinión.
 D. NUÑO. Te quejas, rota canción
 de agua que pasa corriendo
 por cauce y roca muriendo,
 y no es vana tu razón;
 pero, sin cauce de roca,
 ¡cuántas sentidas canciones
 nacen en los corazones
 para morir en la boca!
 Doble herida he de ocultarte
 por ser de carne también,
 y como padre de Isén
 hay en mí el juez y la parte.
 D.ª IRENE. ¡Pobre cuitada la mía,
 no frenar su desvarío!
 D. NUÑO. Con un hijo como el mío,
 de nada el freno valdría.
 D.ª IRENE. ¡Oh pobre flor de jazmín!
 ¡Querubín de alma divina!...
 Yo misma vi, con Rufina,
 las huellas por el jardín.
 ¿Dónde estarán?
 D. NUÑO. Dios lo sabe.
 D.ª IRENE. ¿Embarcarán?
 D. NUÑO. ¿Para qué?
 D.ª IRENE. Sin verla me moriré.

D. NUÑO. Antes tendremos la clave.
 D.ª IRENE. Viuda soy y con agravio.
 D. NUÑO. En mi justicia hallarás
 que nunca me volví atrás
 de lo que afirmé mi labio.
 D.ª IRENE. ¿Cómo borrar tal baldón
 en un linaje de armaño?
 D. NUÑO. Dejando a un lado el cariño
 que adelgaza la razón.
 D.ª IRENE. ¡Ella, tan linda y tan buena,
 y me dejó este dolor!
 D. NUÑO. Doña Irene, no se aflija.
 "No pongáis a vuestra hija
 cerrojos, porque es peor."
 (*Malicioso.*)
 El amor, a su regalo
 rompe prisión y cadena.
 D.ª IRENE. ¡Mi Laura, señor, tan buena!
 D. NUÑO. ¡Y él, mi señora, tan malo!
 Dama sois, y valerosa
 en tal trance os aconsejo;
 vedme a mí, que no me quejo,
 y no es mi carga una rosa.
 Si alzaros queréis al rey...
 D.ª IRENE. No lo quisiera, don Nuño.
 D. NUÑO. Mientras firme esté mi puño,
 contad conmigo y la ley.
 D.ª IRENE. Sois bueno.
 D. NUÑO. Buen padre he sido,
 y por esta abierta herida
 cien veces diera mi vida
 por borrar lo sucedido.
 D.ª IRENE. Olvidaría en reposo
 si mi Laura y don Isén
 volvieran...

D. NUÑO. Y yo también,
 pero siendo un buen esposo.
 Con mi beso, que ve Dios,
 (*En la mano.*)
 queda lavado el ultraje;
 ellos, sábanas de encaje,
 y el dolor, para los dos.
 (*Se va DOÑA IRENE.*)

ESCENA QUINTA

DICHO y su hija ISABEL.

ISABEL. Mala noche, padre amado.
 D. NUÑO. Mala noche y buena hija.
 ¿Llegó el conde de Torija?
 ISABEL. Todavía no ha llegado.
 En tu rostro hay palidez
 y está tu mano algo fría.
 D. NUÑO. Es tu pesar, hija mía,
 que se refleja en mi tez.
 Mal conocía a tu hermano:
 jamás pudiera soñar
 que un golpe nos fuese a dar
 tan rastroso y tan villano.
 Es espejo nuestra altura
 donde los demás se ven,
 y por su capricho Isén,
 cubre de lodo y basura;
 y si alguien de ello causantes
 nos tilda, que puede haber,
 cumple a nosotros poner
 nuestro espejo como antes.
 Que es necio llamar justicia

y es sostenerla trabajo,
si es dura para el de abajo
y para el alto caricia.
Padre, quisiera...

ISABEL.
D. NUÑO. Di, hija.
ISABEL. Que uses tu buena clemencia
cuando llegue aquí en audiencia
el conde.

D. NUÑO. Buena clavija.
ISABEL. Sus condiciones alabo.
D. NUÑO. De la cuerda de Isén es,
y llega, como tú ves,
para remachar el clavo.
ISABEL. Ya que viene...

D. NUÑO. Probaremos;
siendo tan buen amigote,
algo sépa, y de rebote
otras cosas aclaremos.

ISABEL. Es galán y caballero,
y en sus prendas de honor fía.
D. NUÑO. Para el amor, hija mía,
ruiseñor es un jilguero.
¿Le quieres?

ISABEL. Quererle es poco.
D. NUÑO. ¿A ti te ama?

ISABEL. Lo probé.
D. NUÑO. Entonces, ahora veré
si mi concepto revoco.

ISABEL. Gracias. (Lo besa.)
D. NUÑO. Mi Isabel querida,
en momentos de dolor,
¡cómo me sana tu amor
el desgarró de mi herida!
(Se va Isabel.)

ESCENA SEXTA

DON NUÑO y DON FADRIQUE.

D. FAD. ¡Noble corregidor!
D. NU. ¡Albricias, conde!
Sentaos donde os plazca, aquí a mi orilla,
que he de hablaros, señor, largo y tendido
y pudieras de pie sentir fatiga.

D. FAD. Aborremos narración, que yo los hechos
que interesan a vos sé en su medida,
y como vengo a vos con libre impulso,
tiento poned, no perdáis la partida.

D. NU. Esto es juego de azar, según eseucho.
D. FAD. Todo es juego inseguro en nuestra vida:
cetro, poder, miseria y hermosura,
amores y valor, sabiduría.

D. NU. ¿Sois amigo de Isén?
D. FAD. Como un hermano,
lo he probado en la paz y en la fatiga.
Juntas nuestras espadas batallaron
al servicio del rey con bizarría.
Él me habló de Isabel con esa ufana
claridad de los pechos de Castilla
y rebotaron tanto sus palabras,
que comencé a quererla y escribirla.
Y los correos suyos y los míos
cruzaban las ciudades y las villas,
y a vuestros pies llegué con dulce y clara
esperanza de ver si ella era mía.
Eso es todo, señor, y dé por vanas
cuanto de mí se añade en las cocinas.

D. NU. De Laura ¿qué sabéis?
D. FAD. Lo que vucencia
para dormir tranquilo necesita.

D. NU. ¿Conocéis dónde está?
D. FAD. Si fuí yo mismo
el que puse a su alcance la guarida.
Respire su merced, que la sentencia
que ha de salir de vos será obra mía,
si cree en mis palabras, que soy hombre
que sabe pegar duro a la mentira.

D. NU. Me place oiros y agradezco en todo
la ayuda que prestáis al que legisla.
Relatad, si sabéis, cuanto del raptó...

D. FAD. Muy sencillo, señor: fué broma mía.
D. NU. ¡Broma calificáis a ese delito
que entuerta el limpio honor de dos fa-
[milias!

D. FAD. Isén y yo y unos cuantos amigos,
que nunca faltan si alguien les convida,
quedamos en cenar en "El Parral",
ese alegre mesón que hay a la orilla
del sediento Arlanzón, como solemos
hacer los que tenemos suelta brida
en moneda y humor y edad dichosa.
Buen asado, jamón, truchas, salchichas,
de lagares de fama las botellas,
y a los postres surgió como una chispa
la necia apuesta, vanidad de amigos,
que ha puesto a la ciudad locuaz y erguida.
Siempre el vino descorcha la fanfarria
del vasallo más manso de la villa.
Y, azuzado el furor y en pie la apuesta
de mi pecho, mi espada y mi hidalguía,
como lobezno herido, salto y celo,
soy viento en el jardín, la hago yo mía
y en el sedoso arzón de mi caballo,
que al galope es litera florentina,
reclinada en mi pecho y medio muerta
de verse entre mis brazos y mis bridas,
la apuesta les gané, y en una hora
yo le puse la novia en sus rodillas,
como una madre con ternura y mimo
pone al hijo dormido en la cunita.
Yo casé a don Isén, de raro modo,
y es su nuera heredera linda y rica;
si fué a gusto de Isén, también fué mío,
y siendo ya mi hermano, apostaría
que será buen esposo y buen vasallo
de su rey, de su padre y de Castilla.
Y ésa fué la intención y ésa la historia.

D. NU. Voy conociendo al conde de Torija.
D. FAD. Ante vos está el reo, que afanosos
busean, sin encontrarle, sus cuadrillas.
Reo soy, y a eso vengo con humilde
y serena actitud que a vos se inclina.

D. NU. ¡Gallardo el gesto fué!
D. FAD. Y a vuestro hijo
no neguéis su perdón ni regalías;
que, cumplida mi pena en tierras tureas,
¡aun muerto he de volver por vuestra hija!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ISABEL, que se supone escuchó la escena anterior, GINÉS y el ALGUACIL MAYOR.

D. FAD. ¡Isabel!
ISABEL. ¡Don Fadrique!
D. NU. Si has oído,
como mujer curiosa, la entrevista,
huelgan pruebas, testigos y escribanos.
¡Fallad el pleito vos!

Muy raro
6000
24-

GINÉS. Yo haré justicia,
con la venia de vos, noble don Nuño.
D. NU. Justo es que el pueblo su sentir nos diga.
De asiento y voz honraronle el Concejo,
a fuer de liberal y buena hombría,
junto a claros linajes señoriales,
que es buen peso de ley, paño y hebilla.
GINÉS. Debemos condenar y condenamos
al muy taimado conde de Torija
al pago de las costas del proceso
y a tomar por esposa a la *infrascripta*.
D. NU. "Del asunto no hablemos más."
GINÉS. ¡Ni pío!
D. NU. Isén y Laura queden en capilla
para casarlos hoy, y que ataviada
de galas doña Irene al acto asista.
Contra mi voluntad, y así lo exijo,
no quiero luminarias ni folías,
mas sí repartiréis carne y de hogazas
cuantas sacas tengáis de blanca harina.
Y un edicto fijad en los lugares
que es costumbre poner, donde se diga
que indulto de mis cárceles y penas,
cuando no hubiera sangre delictiva,
los delitos de amor. Así lo mando,
porque así me lo manda mi justicia,

pues no fuera justicia que me honrara
castigar otra sangre y no la mía.
Pero mando también que irán colgadas
en el filo acerado de las picas
cuantas lenguas hablaren sin mesura
por el gusto de hablar mal del de arriba.
¡Dad pregón sin tardanza por los viejos
castellares de mi nueva franquicia!
Y pregonad también que es mío el conde
que ha de ensanchar mi casa y mi Castilla.
Ni corta ni sobrada es ley perfecta,
y es más certera ley aún todavía,
si al culpado perdona; la elemencia
es voluntad de Dios, que al juez le envía.
Y si el rey no sellara de buen grado
cuanto a mí el corazón recto me dicta,
y quisiera mi rey ley más severa,
aunque a veces las blandas más castigan,
como aquel de Vivar fuera al destierro
sin doblar la cerviz, que sólo el cielo
merece tan cristiana cortesía,
y mi vara la humillen otras manos
que no tengan la piel como las mías.

TELÓN

FIN DEL TERCER ACTO Y DE LA OBRA

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

SI ME HUBIERAS HECHO CASO, comedia en un acto, en prosa y verso.

M-15651, comedia madrileña en dos actos, en prosa y verso.

EL VESTIDO BLANCO, comedia moderna en cuatro actos y en prosa.

EL SR. HYMEN, comedia en tres actos y en prosa.

ALTITUD 3.200, comedia en tres actos y cinco cuadros, de Julien Luchaire, traducida del francés.

COSTA BRAVA, zarzuela en dos actos, en verso.

TIERRA PARDA, zarzuela en dos actos, en prosa y verso, música de Eduardo G. Beitia.

LA MASÍA DEL CUERVO, zarzuela en dos actos, en prosa y verso, música de Eliseo Pinedo.

LA HIDALGA BURGALESA, estampa lírica.

GOOD NIGHT, revista cómica internacional en veinte tablas, todas de buena ley, desde Adán al año 2000, música de los maestros García Beitia y E. Pinedo. — Títulos de las tablas: *El primer pecadito, Alá dice, Los ojos de Salomé, Barba Azul y etc., Las Cruzadas de manos, Chicas de Valladolid (1600), ¿Te gustan las moras?, Venecia ríe, Españoles en Holanda, Boite à Paris, Tarde japonesa, Mi novia del Tirol, London girls, Los amigos de Tarzán, Siempre Sevilla, Riberas del Rhin, Mayo en Aranjuez, La piscina de Miami, El avión llega, Así será la vida.*

DICEN MIS CANCIONES, sesenta y dos tonadillas modernas.

DE MIS SOLEDADES, versos de Castilla.

DE LA VENTILLA A MANGANA, coplas de mi diario.

TAQUIGRAFÍA CASTELLANA, sistema Martí.

MI TAQUI, sistema silábico.

HISTORIA UNIVERSAL DE LA TAQUIGRAFÍA, en colaboración con Felipe Gómez. 300 páginas.

LA MEJOR ASIGNATURA PARA NO PERDER AL DOMINÓ, con cincuenta reglas en verso.



1946
IMPRESA ALDECOA
DIEGO DE SILOE, 18
BURGOS